La grieta

RODRIGO GERVASI

narrativasextopiso



La grieta

Rodrigo Gervasi



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Rodrigo Gervasi, 2026
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria

Primera edición: 2026

Imagen de portada
La volta, 2025
© Guim Tió

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2026
América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
Grafime

isbn: 978-84-10249-88-2

ÍNDICE

Para mamá

Comme la douleur est longue.
Comme elle change. Comme elle devient.

MARGUERITE DURAS

Habrá quien piense que esta habitación es minúscula y a quien le parezca más que suficiente. Es la habitación en la que vivo. Una cama individual pegada a la pared entre un armario y una librería. En la pared opuesta, dos estantes colgados y un escritorio cerca de la ventana. No me gusta el escritorio, es pequeño e incómodo, y no pienso cambiarlo.

Lucas fue la primera persona en visitarla. Lo que más ilusión le hizo fue el colgador que hay detrás de la puerta para soltar la chaqueta al volver de la calle. Eso, a Lucas le pareció casa. La habitación podía convertirse en un hogar por la simple existencia de este detalle. Tal vez por esa razón tardé semanas en decorarla. Me bastaba con observar la sombra del colgador desplazarse con el paso de las horas. El día que el olor a cerrado por las mañanas se volvió excesivamente cotidiano, traje una planta y una lámpara. La planta la coloqué frente a la ventana para que le diera el sol, y la lámpara junto a mi cama para leer. Contemplar y leer. Este es un lugar en el que pasaré mucho tiempo y algún día lo echaré de menos, pensé. Ambas ideas me produjeron angustia.

* * *

Cuando mis compañeros de piso han salido y estoy solo en casa, deambulo por las estancias vacías. Cruzo descalzo el pasillo hasta la cocina y miro la encimera sin migas, el patio de luces al que da la ventana y el baño de la vecina, grande y elegante. Esta casa es mía porque yo pago el alquiler. Paseo por el salón, recuerdo a mi madre viéndolo la única vez que me ha visitado. Mira, mamá, esta es mi casa. Esta casa es mía.

Las ventanas apagan el ruido de la avenida, una cuesta de tres carriles en cada dirección. Nunca abro las ventanas. Las ventanas cerradas. Así, la avenida es bonita. Veo árboles, bancos, contenedores, señales, semáforos, peatones, coches. Los coches pasan y pasan. La mayoría son negros o grises. No. La mayoría son taxis. Los taxis son blancos con una línea roja diagonal. Rara vez los veo por dentro: si me subo a uno de ellos es porque acompaño a alguien ajeno a mi entorno. El caso es que no recuerdo la última vez que me subí a un taxi, y el ruido de los motores es insoportable, pero con las ventanas cerradas el silencio es tal que me oigo por dentro. Mantener la calma es complicado. Abro compulsivamente la nevera y bebo vasos de agua del grifo. Más tarde llega un punto en el que las cosas dejan de importarme: suele coincidir con la puesta de sol.

* * *

En la habitación oscura vive Santiago, quien reemplazó a Andrés, que en su momento había ocupado el lugar de Valentina. En la grande han vivido Paloma, luego Natalia, y ahora está Gabriel. Eso significa que cuando me mudé aquí, hace tres años, Valentina y Paloma fueron las encargadas de entrevistarme para la vacante de la

habitación exterior. Hasta entonces, todas las habitaciones que había visitado con mi presupuesto de trescientos euros carecían de ventanas, puertas u otros elementos básicos necesarios para calificar un espacio de habitación. Y yo podría haber vivido sin ventanas, puertas y otros elementos básicos, y de hecho llevaba un año haciéndolo en el piso del que la casera me echaba, pero la idea de soportarlo, esta vez con desconocidos, me aterraba.

Nada más entrar en el portal me cautivaron los peldaños gastados y el olor a humedad de los rellanos. Me visualicé subiendo las escaleras cientos de veces, y una vez frente a la puerta, esperé con la mirada fija en la cerradura hasta que se abrió. Luz natural. Ella es Valentina y yo soy Paloma. Techos altos y ventanas de PVC. Hugo, encantado. Di dos veces dos besos y añadimos brevemente contexto a nuestros nombres. Paloma llevaba un año trabajando en el departamento de comunicación de una multinacional con un contrato de becaria, a Valentina la contrataban por días de regidora en programas de televisión y yo era teleoperador, pero desde hacía un par de meses la campaña que cubría había sido cancelada y, aunque seguía cobrando, estaba a la espera de ser recolocado o, más probablemente, despedido.

Pasando el recibidor a mano derecha estaba el baño principal. Me lo mostraron. Cremas, jabones y lociones dispersos por los bordes del lavabo y de la bañera. Toques de dorado en las lámparas, pomos y el marco de la mampara. Sanitarios marrones y azulejos beige con una cenefa de flores. Un piso de los cincuenta reformado en los noventa. Valentina señaló el que sería mi cajón y no se me ocurrió para qué podría usarlo. Continuamos hacia el aseo blanco. El baño marrón y el aseo blanco. Un váter, un lavabo y el armario de la

fregona. Milimétricamente encajados. Paloma esperó en el pasillo, y Valentina me mostró los productos de limpieza: lejía, friegasuelos, amoniaco, desinfectante, quitagrasas. Una vez por semana hacemos un repaso general; Paloma se ocupa de la cocina, yo de los baños y a ti te tocarían el salón y el pasillo. Sin problema. Y aquí llegamos a la cocina, está viejita pero, quitando el fuego de esa esquina y el ventilador del horno, el resto funciona perfectamente. Sobre la encimera reposaban la tostadora y el hervidor de Paloma, y la cafetera y la tabla de cortar de Valentina. La fuente vacía que usaban de frutero y el escurridor de plástico supuse que eran del piso.

Ninguna de las dos me mostró su habitación. Frente a la cocina, no vi la de Paloma porque estaba desordenada. Un poco más adelante, frente al salón, no vi la de Valentina porque no procedía, aunque sí mencionó que entre la puerta que daba al pasillo y la de su habitación había un espacio intermedio diminuto sin ventanas, plagado de colchones, somieres, edredones y otros trastos. Lo llamaban el cuarto de los horrores. Créenos, prefieres no verlo. Finalmente, justo en el centro, al final del pasillo, se encontraba la puerta de la habitación que yo pretendía ocupar. ¿Qué te parece? Ventana, puerta, cama, armario, escritorio e incluso parqué y molduras. Es perfecta.

Nos acomodamos en el salón. Se sentaron juntas en el sofá de dos plazas y yo acerqué una de las sillas de la mesa del comedor. Una lámpara de araña sencilla de color negro con las bombillas al descubierto y muebles a juego de madera oscura. Orientación norte. Una inmensa estantería empotrada con una tele de plasma en el centro. Yo me considero bastante sencillo, la verdad. Me gusta

pasear por la ciudad, sentarme a leer en algún banquito, salir a tomar algo con los colegas a una terraza. También os digo que me tomo un vermut y tiro para casa porque salir de fiesta me da una pereza… De hecho, no recuerdo la última vez que pisé una discoteca. ¡Pero os prometo que soy divertido! Cariño, estás hablando con una persona que no se ha quitado la bata ni para recibir a un desconocido: a casera no me gana nadie. Salir está sobrevalorado. Total. Nosotras somos de preparar té y echar la tarde viendo la peli mala de turno. Nuestra prioridad es que la casa sea eso, una casa. Sonreí mucho y mostré interés por sus pasiones. Valentina contó que le encantaba el universo Disney y Paloma que era fan del *k-pop,* dos mundos sobre los que hice algún comentario superficial para continuar con la conversación. Me fascina cómo Disney logra que sus películas de animación funcionen con el público tanto infantil como adulto. Es impresionante la cantidad de récords que ha batido la música coreana en los últimos años, superando incluso a la estadounidense. Y ambas compartieron conmigo sus películas y canciones favoritas, y yo escuché atentamente.

Me mudé aquella misma tarde con una maleta y un par de cajas de cartón con libros y ropa. Los primeros días cociné recetas sencillas sin ensuciar y no invité a Lucas a dormir. Compartí conversaciones triviales en zonas de paso y no moví un solo objeto de sitio. El verano es cada año más largo y a mediados de julio la casa, recalentada, deja de enfriarse por las noches hasta septiembre, me aseguró Valentina una tarde con su atención puesta en el móvil y la tele sonando de fondo. Recién comenzaba junio y lo único que pensé fue que no iba a comprar un ventilador.

* * *

Observo la almohada tirada en el suelo. Lleva ahí desde ayer por la tarde, y aun así, la cama sigue siendo su sitio. ¿Habrá un número de horas capaz de cambiar eso? Hay momentos en los que solo pienso en marcharme y otros en los que dedicaría mi existencia a contemplar el ramo de flores secas colocado en el lugar donde estuvo la tele o la maraña de pósits y fotos pegados en la puerta de la nevera de forma que su disposición parezca espontánea. La nevera cubierta de recuerdos y anécdotas prueba que en esta casa ha habido vida. Notas cariñosas, negativos sin revelar, una postal de Benidorm. Cartones de bingo gastados, un test de covid positivo, un envoltorio de comida rápida coreana, un panfleto del Maestro Curandero y otro de Psychic Lisa. Un dibujo para colorear de una jirafa, un imán de Puerto Rico, un retrato de La Veneno y un vale de un punto canjeable por premios en el Gran Bazar Camarón. Nunca he estado en el Gran Bazar Camarón. De hecho, no sé ni dónde está. El bazar de este barrio se llama Bazar Mil Cosas y hasta ahora siempre he salido de ahí con lo que andaba buscando bajo el brazo. Durante un tiempo también estuvo pegado el panfleto con las normas de reciclaje del Ayuntamiento, pero lo quité. Acaparaba demasiada atención.

Recojo con la mano las pelusas y el polvo atrapados entre el colchón y la pared y los guardo en el bolsillo del pijama. Un viaje a la cocina únicamente para abrir el cubo de la basura es impensable. Cierro los ojos. Repaso las cosas que me había propuesto hacer hoy. La colada. Sé que las cuerdas de tender están vacías y que hace bueno y que tengo tiempo. Pero las cuerdas de tender dan a la ventana del pasillo. No quiero permanecer más de quince segundos en el pasillo. No cuando no estoy solo en casa. De madrugada oí

regresar a alguien a las tantas. La puerta de entrada hizo un ruido seco y la de la habitación un chirrido al abrirse pero no al cerrarse. Dos sonidos y vuelta al silencio. No logré identificar si fue Gabriel o Santiago.

Devuelvo la almohada a la cama y voy a la cocina. Abro la nevera. La balda de Santiago es vegetariana y la de Gabriel está a rebosar de tápers de su madre. La del centro, prácticamente vacía, es la mía. Un bote de mayonesa y un tetrabrik de gazpacho, ambos de marca blanca. Me llevo el tetrabrik a la habitación.

Bebo a morro sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el armario. He escogido este rincón para cambiar un poco, compartimentar el paso del tiempo. Hace un rato estaba en la cama, ahora estoy aquí, más adelante tal vez me decida a sentarme en el escritorio. Noto el peso de mi cuerpo concentrado en los omóplatos. Noto frío en los pies y calor en el resto del cuerpo. Me quedo quieto. Si hay días que se me hacen eternos, ¿por qué siento que se escurren de mis manos? Hoy tengo tiempo para pasear, cocinar, dibujar, leer, escribir. Tengo tiempo para perderlo. Pero no paseo, no cocino, no dibujo, no leo, no escribo y no pierdo el tiempo. Perder el tiempo requiere dejarlo escapar, renunciar a tratar de retenerlo. Mirarlo de frente y decirle: yo no te sigo, yo no te uso; tú no me acotas, tú no me impones. Yo no hago nada de eso. Yo miro el reloj fijamente y veo los minutos pasar, y pienso: cuando marque y media o en punto hago tal cosa, y tan rápido como llega la hora, la pospongo de treinta en treinta minutos hasta que ya es demasiado tarde.

* * *

Al principio, el horario de trabajo de Paloma ocupaba todos los días laborables, el de Valentina los miércoles por la tarde y el mío seguía siendo inexistente. Así que cuando me despertaba e iba al baño a cepillarme los dientes, la bañera estaba mojada y la persiana de la habitación de Valentina seguía bajada. Aprovechaba el silencio para mirar a mi alrededor. Hace años alguien amuebló esta casa, vivió en ella, se marchó. Escogió muebles a medida con amplios espacios de almacenamiento y colgó cortinas fruncidas en todas las ventanas, incluidas las del baño. Esas estanterías y cajones debían de haber servido para guardar vajillas y juegos de sábanas, pero cuando yo los abría, encontraba apuntes de carreras terminadas, chubasqueros de parques de atracciones, mandos sin pilas y cables enredados. En el pasillo, encima del cubrerradiador, varios botes de Sanytol contenían lo mismo a pesar de ser de diferentes formas y tamaños. Desinfectante multiusos. Su verdor pálido desentonaba con todo: las cuatro lámparas oxidadas y anticuadas que se alineaban en la pared, los tres cuadros al óleo de paisajes bucólicos con marcos de madera y paspartús de terciopelo, las baldosas blancas y moradas del suelo dispuestas en diagonal y las molduras clásicas del techo. El olor tampoco encajaba con el entorno y terminé por responsabilizar al ambientador del desajuste. Lo bajé del mueble empotrado del salón y modifiqué su frecuencia de quince minutos a media hora antes de volver a colocarlo en la misma posición. De ese modo, durante al menos un rato, los marrones oscuros de la casa recobraban algo de su corpulencia.

A Valentina le gustaba pasar tiempo en el salón. Se acomodaba en el sofá y encendía la tele. Yo aparecía pasado un rato en pijama, y me

sentaba en la mecedora junto a la ventana. La observaba pintarse cuidadosamente las uñas con las manos apoyadas sobre la mesa de centro. Sus dedos desplegados sobre el mármol, algunas uñas resplandecientes y otras todavía sin esmaltar. Si el silencio se hacía demasiado pesado, levantaba la vista. ¿Qué planes tienes para hoy? Ver la vida pasar, contemplar cómo te acicalas. ¿Eternamente? No, en cuanto termines mandaré un mensajito a Lucas para ver si se anima a ir a dar una vuelta. Están reformando un edificio pasado el centro de salud, y nos gusta ver cómo avanza la obra. Sois monísimos, lo sabes, ¿no? Y yo sonreía recordando los gestos desagradables que tenía con él y que quería corregir, como repetirle una frase que no había oído bien a gritos mientras cruzábamos un paso de cebra. En esos momentos se le borraba la mirada risueña y yo le prometía que esa había sido la última vez aunque no fuera a ser cierto.

Cuando le devolvía la pregunta me hablaba de sus amigos. El fin de semana anterior habían ido a la bolera del barrio, un par de calles más abajo, pasadas las colmenas, y justamente ese día, tan pronto como Miguel saliera de la oficina, iban a ir a Vallecas a visitar el piso que se acababa de comprar Mónica. Se veían a menudo y mucho rato: eran su red. A pesar de que la familia de Valentina vivía a menos de una hora de Madrid, casi no los visitaba; se esforzaba en ensanchar la distancia. Sin embargo, Paloma, que era de Pamplona, aprovechaba cualquier puente para escaparse a ver a sus padres. A menudo, cuando las dos coincidían en la cocina y no sabían de qué hablar, recurrían a sus diferencias familiares con tal de no quedarse calladas. Comparaban sus nochebuenas y mañanas de Reyes. Recordaban la forma en la que cada una había aprendido a andar en

bici o las reacciones de sus madres al enterarse de que eran fumadoras. Si una llamada o el timbre interrumpía la conversación, la taza que se quedaba olvidada en la encimera era de Paloma y a quién le molestaba era a Valentina.

* * *

Al oír la puerta de la entrada cerrarse, me desnudo bajo las sábanas. Por fin solo. Gabriel está con su novia y Santiago en la calle. He obviado el desayuno y la comida pero espero cenar algo. Claro que voy a cenar algo. Agarro el flexo con una mano, el paquete de incienso con la otra y atravieso el pasillo hasta llegar al baño. Algún vecino ha cocinado sardinas. Regreso a la habitación y escojo dos libros. *Ma mère rit* de Chantal Akerman y *Bluets* de Maggie Nelson. De vuelta en el baño organizo el espacio: el flexo encima del váter, el incienso sobre el radiador, los libros en el bidé. Eso es. Esta vez voy a arreglar el día a tiempo. Busco el tapón de la bañera entre botes de gel medio vacíos y cajas de compresas olvidadas. Meneo la mano por los recovecos y al notar en la yema de los dedos una cadenita tiro de ella hasta que aparece. Abro el grifo. Veinte segundos de agua fría, seis de templada y finalmente caliente. Cloc.

La iluminación es bonita, la luz de la tarde se fusiona con la calidez del flexo. Este, ahora, va a ser un espacio soportable. ¿Qué más puedo hacer para embellecer esta tregua? Ya lo sé. Traigo de la cocina tres ciruelas en un plato de postre. Las coloco junto a los libros. Me siento orgulloso de lo que esta escena dice de mí: yo leo, yo como fruta, yo me relajo con agua e incienso. Me miro en el espejo. Me miro a los ojos en el espejo. La pena que me acompaña desde el despertar no se refleja en mi cuerpo pero la siento tan viva

por dentro. Al entrar en la bañera procuro no salpicar. Estiro los brazos en los bordes, apoyo la nuca contra la pared. Noto el chorro de agua en los pies. Pienso en jacuzzis de hoteles, balsas naturales, mangueras de jardín, en una imagen del mar tomada por satélite. Me perturba el azul celeste de la papelera del baño que veo de reojo. No puedo ignorarlo. Salgo de la bañera y la escondo detrás de la taza del váter, junto a la escobilla. Perfecto. Cierro el grifo y mi respiración toma el relevo. Contenida en paredes de azulejos se vuelve solemne, cobra una presencia acorde con su deber de mantenerme vivo.

Antes de comenzar a aburrirme me recreo. Muerdo la ciruela despacio y observo las gotas de jugo mezclarse con el agua de la bañera. Mastico, trago. Juego con el hueso en la boca, lo sujeto con los dientes, lo aliso con la lengua. Finalmente lo escupo y se hunde entre mis piernas. Vaya guarrada. Lo devuelvo al plato y vierto un poco de jabón en el agua para compensar. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Podía haberlo evitado? ¿Hay salida? Paro. Saco las manos del agua, soplo mis dedos uno a uno y cuando están medianamente secos cojo *Bluets.* Leo sobre servir a la tristeza y la posibilidad de hallar belleza en ello. Páginas al borde del agua. Quiero honrar la tristeza y apreciar su belleza, pero las ciruelas en oferta del Dia han resultado ser mejores de lo que esperaba y mamá me está llamando *habibi* en el mensaje de WhatsApp que ilumina la pantalla del móvil. Todo esto merece, al menos por un rato, mi atención. Se la otorgo.

El agua se entibia y el espejo se desempaña. Las cosas cambian demasiado rápido; nada permanece igual el tiempo suficiente. Ni siquiera yo mismo. Tal vez por eso me cuesta tanto habitarme. Me pongo en pie y al agarrar la toalla del perchero veo el azulejo

resquebrajado junto al marco de la puerta, está ahí desde el día que llegué y ahí seguirá el día que me vaya.

* * *

Cada vez que intentábamos preparar algo juntos para las «comidas de piso» que habíamos tardado semanas en agendar, terminábamos conformándonos con cocinar cada uno por nuestra cuenta con tal de no cancelarlas.

Valentina sacaba unos muslos de pollo o unos filetes de ternera de la nevera y Paloma improvisaba ensaladas con lo primero que pillaba: garbanzos, aguacates, atún en conserva, queso fresco. Colocaban sartenes y ollas sobre las placas de gas y yo las miraba operar. Cocinaban y hablaban. Paloma era la que más se distraía con el móvil. Respondía mensajes de su familia, nos enseñaba las fotos en bañador que le mandaba su novio, consultaba sus redes sociales. Sonreía mucho, sobre todo cuando nos relataba entusiasmada los vídeos que le aparecían en TikTok. Este es buenísimo. Una mujer coreana llega a casa agotada del trabajo, cuelga en el perchero del recibidor a sus hijos gemelos y al perro con unos arneses para poder fregar el suelo rápidamente y evita que se rebelen dándoles una galleta de chocolate a cada uno. ¿También al perro? Obviamente no, al perro le da una galleta para perros. Sujetaba el móvil a la vez que removía los garbanzos en agua hirviendo y se desplazaba ligeramente a la derecha cuando Valentina necesitaba más espacio. Me agradaba ver sus cuerpos fluir de una esquina a otra de la cocina. La encimera se llenaba de utensilios, vasos medio llenos, restos de ingredientes y envoltorios abiertos, y la casa cobraba una vida a la que no estaba acostumbrado. Durante un rato, todo era

nuevo porque yo nunca habría utilizado una espátula de plástico teniendo una de madera, y tampoco se me hubiera ocurrido encender la campana. Observaba sus manos operar, sus codos desplazarse hacia afuera, sus cuellos encogidos fijos en un punto concreto. Sobre la tabla de cortar, el hueso del aguacate brillaba dentro de la lata de atún vacía.

Tan pronto como las veía pasar la comida de ollas y sartenes a boles y platos, por fin decidía qué iba a preparar yo. Metía al microondas un puñado de guisantes con beicon o una bolsa de espinacas con champiñones que veía rotar durante cuatro minutos y medio. Ellas tiraban los restos a la basura y se llevaban un rollo de papel de cocina al comedor. Sus voces se difuminaban en el pasillo y yo removía el plato en silencio. Al salir de la cocina trataba de juzgarlo a través de sus ojos; en mi opinión daba el pego, y esperaba que en la de ellas también. Ya estoy aquí y, oye, para haberlo preparado en cinco minutos no me vais a decir que no ha quedado resultón. Además de sano, porque esto tiene que ser sano, ¿no? Tal vez tenga pocos nutrientes, no creo que los guisantes sean un elixir de la vida, pero por lo menos no es malo, eso seguro. Te sorprendería: yo últimamente cuanto mejor como, peor me siento. Las semanas en las que me digo, venga, Paloma, cuídate un poco, y compro verdura y fruta y pescado, pues esas semanas, acabo con unos dolores de barriga que ni te imaginas, y oye, es pedir una hamburguesa a domicilio y sentirme renovada. Tú lo que tienes que hacerte es un test de intolerancias. Ni test ni hostias, me sacaron tres jeringas de sangre el verano pasado en Pamplona y no di positivo en nada. Hay que joderse. ¡Flipas!, por fuera aparentamos estar sanísimos y a la que rascas, ¡toma!, nadie se libra. Que sí, que

sí, que yo con mis amigas cada vez que sacamos el tema me doy cuenta de que lo raro es estar bien. Qué queréis que os diga: a mí eso me reconforta muchísimo. De hecho, en el metro me dedico a mirar a la peña, aparentemente fresquísima, y empiezo a adjudicar molestias a diestro y siniestro. Este sufre de migrañas crónicas, esta otra tiene unas cataratas que ni la cámara del primer iPhone, y el niño que no se queda quieto, bueno, ese todavía nada, pero dale un par de años y verás. Y me quedo tan ancho. ¿Acaso ellos pueden ver que me cruje la rodilla izquierda cada vez que llueve o que mi dolor de espalda ha dejado de ser excepcional? Estás como una puta cabra. Se hace lo que se puede.

La oscuridad del salón hacía aún más desconcertante la sensación de calor. Al quedarnos quietos, el ambiente se espesaba y realizar cualquier movimiento o articular una palabra comenzaba a requerir un sobreesfuerzo. Comíamos cada uno a nuestro ritmo, Valentina reclinada hacia atrás con el tenedor en el puño, Paloma con los codos en la mesa, y yo apoyado sobre mis rodillas. Tres platos diferentes y tres vasos de agua del tiempo porque nunca nos acordábamos de meter la jarra en la nevera.

Como Lucas me había acostumbrado a no bajar la persiana por las noches, lo primero que percibía al abrir los ojos era la quietud de la habitación. Se podía ver en los objetos que llevaban horas sin moverse. La posición de la silla, mal colocada de espaldas al escritorio, parecía ser definitiva; sentía que si me decidía a devolverla a su sitio, alguna ley física me lo impediría. Blanca, de madera y plegable. No la había usado nunca y dudaba que fuera a

hacerlo. Entendía su carácter simbólico: estaba ahí porque no podía ser de otro modo. Su función se limitaba a eso, a existir.

Con el somier fue diferente. Durante semanas sentí que algo en la habitación me incomodaba. Había un desajuste. Lo notaba cada vez que entraba después de limpiar el pasillo, de pasar tiempo en el salón o de charlar con amigos en la plaza. No eran las paredes altas con molduras ni el parqué en forma de espiga desgastado ni el armario y las estanterías empotrados de madera conglomerada. No lo eran porque eso no hubiera tenido solución y para que algo sea un desajuste debe poder enmendarse. Decidí que era el somier. El somier era la fuente del desequilibrio que venía percibiendo desde el principio. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Lo desmonté y abandoné en el cuarto del pánico. Comencé a amanecer a ras de suelo, y ese cambio desencadenó un flujo de posibilidades capaces de redefinir el espacio. El colchón en el suelo se convirtió en el eje alrededor del cual, de ahora en adelante, todo debía orbitar. Desconocía de qué modo y en qué medida, pero con formular la intención me bastó.

Las semanas se sucedían con mi cuarto en un estado de transitoriedad prometedor: la seguridad de saber que el lugar en el que vivía solo podía mejorar. Y día tras día, despertaba en mi habitación quieta y salía a la calle en busca de agitación. Regresaba a casa con la mente abarrotada de colores y texturas: la hiedra sobre las fachadas y los semáforos a los bordes de la carretera. Las llantas, los adoquines, las contraventanas. Abría el portátil sobre la cama y escribía, y luego borraba y reescribía. Pasaba horas en esa posición alternando borradores con vídeos de amigos en festivales y

fotos robadas de celebridades saliendo por puertas traseras de restaurantes.

Fuera de mi habitación el tiempo seguía avanzando. Oía a Valentina tirar de la cadena del váter, calentar té en el microondas o deambular por el piso hablando por teléfono. Me hacía sentir que todo iba cada vez más rápido: si ella se movía al otro lado de la puerta, yo también debía hacerlo en el mío y, súbitamente, las frases que escribía se encadenaban una detrás de otra con una facilidad asombrosa. Poco después me detenía, era fundamental acabar en alto. Apagaba el portátil y dejaba la mirada perdida en el interruptor junto a la puerta. Blanco con una luz roja en el centro constantemente encendida. Lo miraba con tal intensidad que era como tocarlo. Sentía mis dedos recorrer la superficie lisa de plástico y tapar la luz durante un segundo hasta que reaparecía de nuevo. Cuando me cansaba, me sorprendía al no sentir la necesidad de validar mi acción con una manifestación tangible. Tan solo salía de la habitación en busca de un nuevo escenario, a menudo una de las ventanas del pasillo, y diseccionaba el patio de manzana hasta que descubría algo nuevo.

Una mañana reparé en que varios de los toldos verdes en las fachadas de ladrillo tenían motivos florales en su parte inferior. Me pregunté si los cientos que veía a diario por Madrid serían iguales. No quería tener una imagen equivocada de los barrios por haber pasado por alto un detalle fundamental de su esencia. ¡Valentina!, ¡Vale! ¿Vale?, ¿puedes venir un momento? ¿Qué quieres? Tú ven. Voy. Escúchame, tengo un problema. Y yo otro. ¿A ti qué te pasa? A ver, cuéntame el tuyo primero. Te cuento, estaba yo escribiendo tranquilamente y nada, no te creas que me ha salido nada brillante,

pero a lo que voy, es que he dicho voy a airearme un poco, y mirando por la ventana me he fijado en que esos toldos del vecino tienen como dibujitos de plantitas por debajo. ¿Los ves? En plan, por la parte de dentro. Sí, sí que lo veo, ¿y qué? ¿Tú sabes si todos los toldos verdes son así o es solo estos? ¿Qué me estás contando? Lo digo en serio. Piensa en la casa de tu padre. ¿No tiene toldos verdes la casa de tu padre? No, no tiene. Bueno pues necesitamos una respuesta. ¿Lucas no vive en la colmena de aquí detrás? Todos esos pisos tienen toldos verdes. Eres listísima. Más vale que me lo coja.

¿Lucas? Sí. No te molesto, solo contéstame a una duda. ¿Estás en casa, no? Sí, ¿dónde voy a estar? Bien, pues sal un momento a la terraza y dime si la parte de debajo de tu toldo es verde o si tiene dibujitos de plantas o de lo que sea. ¿Te refieres a la parte que queda por dentro? Sí, para averiguarlo tienes que abrirlo. ¿Me explico? Pero ¿a qué viene esto? Luego te lo cuento. No tiene nada, es del mismo color que por fuera ¡Que no tiene nada! Vale, vale, vale. No tiene dibujos. Verde, verde, verde. Verdísimo. Menos mal. Lucas, te dejo. Pero contéstame tú a la pregunta. ¡Que luego te lo cuento! Bueno, pero voy en un rato a tu casa y ya me quedo a dormir ¿no? Sí, sí, como lo habíamos hablado, trae la masa esa para la empanada que yo tengo el resto de ingredientes. ¿Estará Valentina? Dice Lucas que si estarás esta noche en casa. Sí, sí estaré. ¿Lo has oído? Estará. Venga, hasta luego. Cuéntame ahora tu problema, que estamos en racha. Dame un segundo.

Al verla aparecer con la colada en un cesto, le acerqué las pinzas. Se marcó un monólogo interrumpido por los chirridos de las cuerdas de tender. Primero colgó los pantalones y las camisetas y luego buscó huecos para los calcetines, sostenes y bragas. La mayoría de

su ropa era negra, a excepción de los pijamas. Acostumbrado a verla en casa con atuendos joviales, la imagen fría que proyectaba al salir a la calle me desconcertaba. ¿Quién de las dos era ella? De ser ambas, yo solo había interactuado con una. Pensé en si debía cambiar el enfoque de nuestra relación para conocerla mejor y me sorprendió mi arrogancia. Si había asumido que ella era incapaz de entender plenamente quién era yo, ¿cómo podía creer que yo sería capaz de comprender quién era ella?

* * *

Quiero ser capaz de empaquetar todo lo que poseo en menos de dos horas. Así llegué a esta casa y así espero que sea el día que me vaya. Para cumplirlo, soy estricto. Examino minuciosamente cada objeto de mi habitación desde el alféizar. En la balda superior del armario están los jerséis y sudaderas, en la inferior las camisetas y pijamas, y del perchero cuelgan los pantalones, camisas y chaquetas. Las perchas de plástico que dejó Andrés al marcharse sustituyeron a las que yo tenía de alambre. Los zapatos están en la estantería del otro lado de la cama. El armario a la cabeza y la estantería a los pies. Son cuatro pares de color negro, dos de calle, unos de deporte y otros de oficina. Ya no hago deporte y tampoco voy a la oficina, así que solo uso dos pares.

Justo debajo, en dos cajones prácticamente a nivel del suelo, guardo la ropa interior, calcetines y bañadores. Calculo que podría doblar la ropa, poner los zapatos en bolsas de plástico y meterlo todo en la maleta en treinta y cinco minutos. Bien. Continúo: tengo un par de edredones, uno que encontré en el armario del aseo blanco y el otro que me llevé de donde vivía. Uno lo uso todos los

días y el otro solo en las noches más frías del invierno. Dos edredones son demasiado volumen. Giro la vista hacia la calle y miro el bazar de la acera de enfrente. Paloma compró ahí unas bolsas que se cerraban al vacío. Empaquetaré así uno de ellos y el otro lo abandonaré. Tal vez debería quedarme con ambos. Nunca he comprado un edredón y puede que sean caros. No. Uno lo abandono. No creo que me tome más de media hora, incluyendo la visita al bazar.

Los libros están perfectamente organizados, en un estante los buenos y en el otro el resto. Unos se van en cajas conmigo y los otros se quedan en el salón. Las bolsas y las cajas, en el bazar. Quince minutos como mucho. Vale. Ya está casi listo. Siento calma. Soy ágil y escurridizo. Finalmente, reviso cada objeto desperdigado y decido su destino: los pósteres y las fotos se salvan. Las flores secas y las velas se tiran. Las acuarelas sí y los lienzos no. Cables sueltos, cargadores, portátil, neceser, medicamentos y carpetas con documentos. Cuarenta minutos para completar la tarea. Visualizo frente a la puerta la maleta, el macuto, dos cajas y una bolsa. Siento una gran satisfacción y resuelvo una última cuestión: ¿qué hago con la lámpara de porcelana y la planta? Dudo un instante. Si la mudanza es dentro de Madrid, me los quedo y si no, los vendo. No quiero irme de aquí, pero prefiero estar preparado.

* * *

Lucas era más lento que yo barajando. Relájate, no tenemos ninguna prisa. Sobre la mesa de centro del salón quedaban los restos de la merienda: media napolitana de jamón y queso y dos vasos de leche vacíos con grumos en el fondo. Cinco cartas cada

uno, ¿no? Sí. Yo lo miraba y él miraba la baraja. Me gustaban sus rizos castaños, sus pendientes en la oreja izquierda, su mirada de concentración. Él no pensaba en nada más que en mezclar las cartas, y a mí me envolvía el marrón, presente en el parqué, en los muebles, en su ropa y en nuestra piel. Decenas de tonalidades superpuestas. Brillantes y mates. Y de ahí, me transportaba a otros lugares: a las mesas de las casas en las que habíamos jugado a este juego y a las personas a las que habíamos explicado las normas. Recordaba cómo me sentía durante las primeras partidas, en otro barrio, con otras rutinas, y lo comparaba con el presente. Creaba compartimentos estancos en los que colocaba las cosas que consideraba que habían mejorado, empeorado y las que seguían igual. Iba al detalle de cada cuestión y trataba de entender en qué medida los cambios habían sido consecuencias de mis acciones o acontecimientos inevitables. Siempre desembocaba en una certeza: me estaba haciendo mayor. Reparaba en mi cutis menos terso y mi mirada más cansada. Pasaba mi mano por las sienes y las mejillas. También lo notaba por dentro, en las articulaciones y en la falta de energía. Eran detalles minúsculos, insignificantes, casi inapreciables, pero reales. Al sumarlos uno a uno sentía su peso, el peso de saber que eran irrefrenables. Arrugas, lunares, canas, molestias, cansancio. Me devastaban. Estaba convencido de que sin belleza no podía haber amor. Entonces cogía una carta de la baraja y el turno pasaba a Lucas, y él usaba un poder para robarme una vida, y yo le hacía una mueca de enfado, a la que me respondía con una mirada desafiante. Y así, las arrugas de la frente y los lunares de mi espalda se iban disipando, porque al concentrarme en ganarle regresaba a cada una de nuestras partidas anteriores en las que mi cuerpo no

había importado. La pila de cartas crecía, se desmoronaba, Lucas la reajustaba. Te toca. Vas tú. Roba dos. Roba tú dos. Va a ser que no. Cabrón. ¿Y ahora? Espérate. Toma. Perdí. Perdiste. Ganaste. Has hecho trampa. Clarísimamente has hecho trampa. Ya no me gusta este juego. ¿Quién no sabe perder? ¿Quién es el peor perdedor? Malo. Ven, acércate y dame un beso. Aparta. Ven, ven, ven. Tonto. Te quiero. Tonto. ¿Otra? ¡Revancha!

A menudo, nuestra emoción contagiaba a Paloma, que salía de su cuarto, se sentaba entre los dos y, en lo que llegaba su comida a domicilio, jugaba con nosotros. Sus estrategias eran más divertidas que eficaces, ni siquiera se molestaba en ocultar las cartas. Solo quería pasarlo bien. Hablaba y jugaba. Le hacía preguntas a Lucas cuyas respuestas yo ya conocía, y las recitaba en mi cabeza antes de que él respondiera. En algún punto sonaba el timbre y el repartidor entregaba la cena en bolsas de plástico. El olor a comida impregnaba rápidamente el ambiente. Continuábamos jugando por un rato mientras Paloma picoteaba algunas patatas fritas, pero, gradualmente, la hamburguesa tomaba protagonismo y la partida se disolvía. Lucas y yo recogíamos las cartas y los restos de la merienda y metíamos una pizza en el horno. Veíamos cenar a Paloma y luego ella nos veía cenar a nosotros.

¡Chispa! ¡Chispa! ¡Por aquí! ¡Salúdame a mí primero! ¡No, a mí! Adelante, adelante. Tú haz como en casa. ¡No te quedes ahí parado! Algunos fines de semana Valentina traía a su perro. Es decir, el de su familia. O tal vez sí era suyo, pero quien lo cuidaba habitualmente era su familia.

Durante los días que se quedaba con nosotros abandonaba el hábito de cerrar la puerta de mi cuarto. Dejaba mi atención vagar entre la pantalla del portátil y el pasillo y Chispa me hacía redescubrir el espacio. Me recordaba que los rodapiés eran granates, que las juntas de las baldosas estaban ennegrecidas, que había una humedad detrás de la puerta de entrada y que el enchufe entre el baño y el aseo existía, pero no servía para nada. Observaba cómo Paloma lo iba conociendo y Valentina se reencontraba con él. Se sentaban en el suelo y le hacían gestos para que se acercara a tal sitio o mirara a tal lado. Chispa obedecía cansado, y mientras el perro acataba órdenes ellas se ponían al día. Valentina narraba los encontronazos que estaba teniendo con su jefe por su nuevo horario y Paloma asentía, la apoyaba y, sobre todo, le daba la razón.

Era nuestra forma de suavizar las fricciones: mostrar interés y hacer cumplidos. Si Valentina estaba molesta porque yo había dejado el suelo del baño empapado después de ducharme, procuraba preguntarle por su semana y elogiar lo mucho que le había crecido la melena y lo sana que lucía. Si una mañana me levantaba malhumorado porque el ruido de la tele no me había dejado dormir hasta tarde, Paloma mencionaba lo bien que olía mi desodorante. Y si Valentina no soportaba que Paloma olvidara sacar la basura, ella despotricaba sobre su jefe, su horario y lo que hiciera falta. De ese modo, aunque la bolsa de Zara llena de restos de comida a domicilio tirada en un rincón de la entrada no desaparecía, sí se volvía algo menos visible.

Sabían que las oía desde mi cama. Eran un programa de sobremesa. Atendía y desconectaba. Eran columnas de periódicos, párrafos de novelas, esculturas en exposiciones e incluso tramos de

conversaciones con amigos. Disfrutaba como un testigo distante de la información que se desplegaba ante mí sin alterarme. Reflexionaba sobre la futilidad del saber. Me complacía cuando surgía una duda que no me molestaba en resolver. Quería estar tranquilo. Mirar sin indagar.

Al atardecer, la luz que se filtraba por las ventanas pintaba rectángulos distorsionados en las paredes. Cuando Chispa los atravesaba, su cabello brillaba en tonos caramelo, y al regresar a la sombra, recobraba su color castaño, con el que yo lo asociaba. Las veces que se acercaba a mi puerta, trataba de persuadirlo para que entrara a mi habitación. Si lo lograba, abandonaba lo que estuviera haciendo y me entregaba a él hasta que se cansaba y se iba. Me estiraba en el suelo, le hacía cosquillas, imitaba sus gestos. Aquí debes estar feliz con la cantidad de meadas que hay en la calle, ¿verdad? Mira, por este barrio seguro que tienes algunas que datan de los años sesenta, pero si quieres flipar de verdad, pídele a Valentina que te lleve por la calle Segovia hasta Ópera y ahí encontrarás rastros centenarios de tus antepasados. ¿Has olido alguna vez uno de esos? Yo que tú aprovecharía, el domingo regresas a tu urbanización de adosados, y el césped recién cortado es estupendo, pero no viene mal cambiar de aires de vez en cuando, ¿no? Visto desde el suelo, mi cuarto era ligero. A través de la ventana se divisaba el cielo en vez de la fachada de enfrente y las baldas de los estantes ocultaban su contenido. Le hablaba mientras observaba los nuevos puntos de vista y, cuando algo me sorprendía, aunque las palabras continuaban saliendo por mi boca, mi atención se volcaba en el hallazgo.

Tirarme en el suelo se convirtió en la forma de escapar de mi habitación sin salir de ella.

* * *

Oigo un helicóptero atravesar el cielo por cuarta vez esta tarde. También oigo la cisterna del aseo blanco perder agua, a la vecina de enfrente llamar a alguien por el patio de luces, y el viento. ¿Cómo de fuerte ha de estar soplando el viento para que pueda oírlo con las ventanas cerradas? Miro a través del cristal. Lo veo en las ramas y en las chimeneas giratorias. Pienso en si quiero sentirlo. Paso.

La habitación está en orden, no me permito dejar nada tirado. Tampoco muevo un solo objeto de sitio, ni añado ni retiro ningún elemento decorativo. Lleva así, parada en el tiempo, más de seis meses. Congelada. Me niego a asumir que ya no soy el mismo. Que ya no colgaría fotos en el interior del armario, que ya no compraría diferentes tipos de incienso, que ya no los prendería. Enciendo una varilla de palo santo. La sujeto a la altura de mi cara. La observo consumirse. Huele bien. El palo santo huele bien. Huele al bar en el que aprendí su nombre, a la terraza del piso de papá, a esta habitación. Huele a mí; a quien soy. No. Huele a quien quiero volver a ser.

Papá dice que estar bien es tan fácil como proponérselo. Hablé con él ayer y hablaré con él de nuevo en un rato. También llamaré a Luna y a mamá y a Zoé. A Lucas no, no quiero molestarlo. Les llamaré y les contaré lo mismo a cada uno. Buscaré consejo y consuelo. Pero eso será dentro de un rato. Por ahora escucho la misma canción repetirse una y otra vez en el altavoz del teléfono. Dejo que la monotonía avive mis sentimientos. La pena y el miedo.

Azuzo el dolor, lo obligo a salir. Existes, te veo, estás ahí, pero no formas parte de mí: no soy tú, tan solo te siento. El malestar se apodera de mi cuerpo. Si la vida es un juego, esta habitación es su escenario. Así que juego. Mi pulso se acelera; comienzo a respirar por la boca. Trago saliva, mocos, lágrimas. Yo no quería. Yo no quería que esto fuera así. Cuando llegué aquí me propuse construir una casa, hacer de este espacio un refugio. ¿Por qué ha tenido que convertirse en precisamente lo opuesto? Lloro de impotencia. Es mi señal de abandono: renuncio a tratar de sostener aquello que ya se ha derrumbado.

Hace mal tiempo. Las nubes oscurecen los rincones que la lámpara de porcelana alumbra. No sabría discernir los arañazos del parqué que son obra mía de los que estaban ya cuando llegué. Seco mis mejillas con el dorso de la mano. Ahora mi piel brilla. Me muevo con cautela, como si temiera despertar a alguien a mi lado. Uno es las cosas que le suceden. Uno es las cosas que provoca. Escojo una almohada para apoyar la cabeza. Esta habitación tiene unos techos altos que siempre me he esforzado en apreciar. Si hubieran sido bajos, habría alquilado la habitación de todos modos, pero no lo son. No son nada bajos y tienen molduras y me esfuerzo en apreciarlos. Supongo que eso ya es algo. Así es como me mantengo con vida.

* * *

A Paloma le exigían cada vez más horas extra, Valentina había empezado a trabajar para dos programas diferentes que se emitían a diario y a Lucas lo acababan de contratar para dar clases de piano en centros culturales a horarios intempestivos. Desde la cama, el sofá, la encimera de la cocina o la taza del váter imaginaba sus

recorridos. Paloma se montaba en la línea 6 en hora punta, hacía un transbordo a la 10 y finalmente caminaba hasta su polígono de oficinas. Lucas combinaba la 6, la 5 y la 10 y se instalaba en aulas sin aire acondicionado ni calefacción. Valentina iba a buscar por las calles del barrio el coche que le prestaba su tía, se comía un atasco hasta los estudios de televisión, paraba a poner gasolina y, si tenía suerte, lograba terminar el trayecto sin ser increpada por el claxon de un coche más grande, brillante y caro. Trabajaban para pagar el alquiler, los gastos fijos, la comida, unas cervezas y el puñetero imprevisto mensual que nunca fallaba. Yo seguía pendiente de ser recolocado. Cobraba por esperar. Este mes va a ser el último. Y ese mes no era el último. Pasaba muchas horas solo, generalmente tirado en la cama o en el sofá y raramente sentado a mi escritorio o la mesa del salón. Esforzándome en escribir. Tanto tiempo, tan grande el privilegio. Tenía que aprovecharlo, aprovecharlo, aprovecharlo. Paloma ideaba campañas de marketing, Valentina dirigía la escaleta de un programa de fútbol, Lucas enseñaba armonías a niños y ancianos, y yo escribía. Me gustaba pensar en nuestras manos en movimiento de forma simultánea allá donde estuviéramos. Manos sobre teclados, manos gesticulando, manos dando indicaciones. Que entre a plató el siguiente colaborador, usa estos dedos para tocar estos acordes. Incluso manos sobre manos, cuando Lucas agarraba la muñeca de un alumno y la guiaba para reproducir un do sostenido menor o Paloma saludaba al responsable de otro departamento.

En casa no había más movimiento que el que yo ejercía con la mirada. El rollo de papel de cocina sobre la encimera oscurecía un cachito de los azulejos de la pared. En el escurridor, la pila de ollas,

sartenes, boles, platos, tazas y cubiertos se sujetaban unos a otros en un frágil equilibrio. Retiraba mentalmente un par de vasos y el conjunto se mantenía intacto. Retiraba la olla pequeña y un plato hondo y la montaña se desestabilizaba pero no colapsaba. Luego llegaba el turno de las sartenes y la olla grande y por último de las tazas y los cubiertos. En ocasiones me animaba a ejecutar el plan de acción que había ideado. Los dos vasos, la olla pequeña, el plato hondo y el estruendo. A veces era la sartén la que causaba la debacle, otras eran las tazas. Con dos viajes a la estantería de la vajilla, uno a la de los utensilios y otro al cajón de los cubiertos, la cocina quedaba ordenada.

La casa era mía y como tal la manejaba. Dejaba las puertas abiertas. Ocultaba los botes de champú detrás de la mampara. Organizaba las mantas del salón de manera que la de color verde pino quedara en la parte superior, a juego con la madera de los muebles. Pensaba en conseguir bombillas cálidas. Al oír la cerradura perdía el dominio sobre ella.

Valentina era la primera en regresar. Cansada, con una mochila a sus espaldas, se encerraba directamente en su habitación. Si nos cruzábamos camino a la cocina o al baño, conversábamos brevemente, no más de cinco minutos; si no sucedía, nos veíamos al día siguiente, a menos que tampoco coincidiéramos entonces. Procuraba no pasar más de tres días sin interactuar con ella. Más de tres días implicaba un distanciamiento incuestionable, contrario a nuestra premisa de convivencia armoniosa. Por lo tanto, a la tercera noche sin vernos, forzaba un encuentro en el pasillo que ponía el contador a cero. Bastante más tarde, a horas a menudo intempestivas, llegaba Paloma. El grito que pegaba desde el

recibidor convertía la casa en hogar. Salía de mi cuarto a recibirla, pero ella no se detenía hasta haberse recostado en el sofá. Dejaba su gabardina en el respaldo de una silla, el bolso colgado de un picaporte, los zapatos tirados por el suelo. La casa estaba por fin al completo. Lo primero que hacía era cagarse en su trabajo, su sueldo, en sus compañeros, en el metro. Se cagaba con gracia y nos reíamos. Ella en el sofá y yo en la mecedora. Entrábamos en un bucle de autocomplacencia. Nos quejábamos, cotilleábamos sobre la vida de los famosos y cuando no nos quedaba nada por comentar, seguíamos cotilleando sobre la vida de nuestros amigos. Era fácil y entretenido. Pasábamos mucho rato cotilleando hasta que llegaba Lucas.

Lucas no tenía llaves de casa. Sonaba el timbre del portal y a los pocos segundos sonaba de nuevo porque había dos puertas. A continuación, en menos de un minuto, sonaba el de la puerta de casa, salvo que hubiera decidido usar el ascensor; en ese caso se demoraba cuatro minutos extra que me desesperaban. No entiendo cómo puedes coger el ascensor. Son dos pisos, tardas menos andando. No lo entiendo. Hago lo que me da la gana. De chico me harté a subir escaleras y ahora pienso disfrutar de cada ascensor que la vida me ofrezca. En fin. De en fin nada, que he venido directo desde La Elipa y no has sido capaz ni de amagar una sonrisa. Demagogia. Este viaje no te lo quitaba nadie, que vives a dos calles. Podría haberme ido a casa sin pasar a verte. Venga, que no soy tu enemigo. Te perdono si hay algo rico para cenar. Bueno…, tengo unas espinacas congeladas que podemos hacer al microondas. Hugo, no me jodas. Es broma, es broma. Abre la nevera, ábrela. ¡Tachán! Mira qué de manjares: una tapita de ensalada de lentejas,

una porción de pasta carbonara con pimienta negra de esa que se muele al echarla, o sea, fresca fresca, y unos lomitos salteados con ajo y perejil. ¡Te quejarás! Vaya platazo combinado. Muy bien. Perdonado, perdonado.

Ahora cuéntame cómo estás. Cansado. ¿Cansado? Sí, cansado. Hugo, te pasa algo más. Si te digo que estoy cansado, es que estoy cansado. Vale, vale, yo solo estoy intentando ayudarte y si has decidido que no me lo vas a contar, está bien, no me lo cuentes, pero a mí no me engañas. Yo no te engaño. Olvida, olvida. Pasar no me pasa nada. Lo único que estoy cansado, cansado en el sentido de que no tengo energía, y no tengo energía en el sentido de que no me apetece hacer nada. Desde que cobras sin trabajar te sobra el tiempo y te faltan obligaciones: lo que estás es aburrido. Pues sí, será que estoy aburrido. Estar aburrido y que no me pase nada es lo mismo, ¿no? ¿Y no te apetece hacer un esfuerzo por intentar desconectar un poco y que nos divirtamos o estemos tranquilos un rato? Sí, sí me apetece, pero me cuesta. A veces siento que solo eres así conmigo y que con el resto de las personas eres capaz de dejar de lado tu malestar, y eso me pone triste. ¿Les cuentas a tus amigas cuando algo te preocupa o estás desanimado? ¿O solo lo hablas conmigo? Yo quiero y voy a estar aquí para ti, pero no puedes cargarme todo el peso. No voy a cargarte todo el peso. Ya no. Ven aquí. Te quiero.

Hoy, en realidad, ha sido un buen día: he escrito un capítulo graciosísimo y por fin ha llovido un poco. De verdad, no puedes seguir haciéndolo. Lo siento. Sé que lo sientes. Vamos a hacer lo que has dicho: desconectar. Tenemos un plato combinado riquísimo. Mete los lomos al microondas y yo me ocupo de los vasos y las

servilletas. Tenemos un plato combinado riquísimo, una casa preciosa, nos tenemos a nosotros. Si yo lo sé, por eso me da pena que estés constantemente apagado. Sí, sí pero ya no, ya no estoy apagado. Ahora estoy presente. Vamos a cenar tranquilos y luego podemos pintar con las acuarelas o jugar a las cartas. ¿Te apetece? Claro que me apetece.

Aunque nunca utilizaba la mesa del comedor por mi cuenta, fingía preferir cenar allí en lugar de en el sofá. Contentaba a Lucas. En su familia las comidas eran un acontecimiento. Padres y hermanos. Entrantes, platos principales, postres. Comían y hablaban. Lucas luchaba por replicarlo conmigo; yo también era su familia. Cenábamos juntos, uno enfrente del otro. Me explicaba por qué su última alumna de los martes era su favorita y lo mucho que le apetecía que nos escapáramos a la sierra, así que buscábamos en el calendario el próximo puente e imaginábamos hostales y pensiones con paredes forradas en madera.

Al ver la hora me entraban las prisas. Quería limpiar la cocina, acostarme antes de las once y media, dormir ocho horas, despertarme fresco, no procrastinar y ponerme a escribir antes de las nueve. Lucas quería dormir conmigo.

Nos organizábamos.

Él fregaba los platos, yo preparaba la habitación. Cogía uno de los viejos colchones del cuarto de los horrores y lo colocaba junto al mío. Ambos en el suelo, uno al lado del otro. No era posible sortearlos para cruzar la habitación: se había convertido en un campamento. Colocaba las sábanas, con el sonido intermitente del agua y el tintineo de los platos de fondo y nos reencontrábamos en el baño. Yo tenía un cepillo de dientes eléctrico y él uno manual.

Éramos rápidos, ágiles. La pasta de dientes se escurría de mi boca a mi mano y de mi mano al antebrazo. Lucas observaba la escena asqueado. La casa estaba en silencio y hablábamos bajito para mantenerlo.

Se hacía tarde muy deprisa y nos quedábamos sin tiempo para pintar o jugar, así que nos tirábamos cada uno en su respectivo colchón, uno un poco más alto que el otro, y mirábamos al techo tomados de la mano. ¿No te da la sensación de que estamos paseando? ¿Cómo? Sí, uno al lado del otro. Cierra los ojos. ¿Ahora lo sientes? Veo una colina con un pequeño sendero y al fondo una borda con las ventanas tapiadas. Parece abandonada. Podríamos acercarnos a comprobarlo. Yo veo el mar. Veo a mamá y a papá mirando al horizonte apoyados en las barandillas de la playa de la Espiga. Cuando se giran, tú les sacas una foto. Estoy agotado. Yo tampoco doy para más. No te olvides de pensar en tres motivos por los que das las gracias hoy. Doy las gracias por la llegada del frío, doy las gracias por mi chaqueta recién estrenada y doy las gracias porque me hayas hecho un hueco en tu colchón.

Recibí un mensaje por WhatsApp de Paloma en cuanto su novio salió por la puerta. Bebé, ¿estás ocupado? Al entrar en su cuarto me la encontré tumbada en pijama con el móvil apoyado en el pecho. ¿Pasa algo? La persiana estaba bajada y la lámpara de papel en su mesilla de noche encendida. Eran las tres de la tarde. No, pero necesito mimos.

Su habitación había sido la del matrimonio dueño de la casa; la mía, la de los hijos; y la de Valentina, la consulta. Una consulta de algo. El cuarto de los horrores, con sus lámparas fluorescentes y su

ausencia de ventanas, tenía que haber sido una sala de espera, lo cual explicaría también el hilo musical del pasillo y el botiquín de primeros auxilios del aseo. ¿Había sido la mujer abogada? ¿El marido psicólogo? Imaginaba a las cientos de personas que debían de haber atravesado el pasillo. Si había sido un gabinete de psicología, calzadas en zapatillas de deporte, náuticos y sandalias, y si había sido un despacho de abogados, en mocasines y tacones. Nunca había visto a nadie con tacones por la casa.

El cuarto de Paloma, como buen dormitorio matrimonial, contaba con una cama doble empotrada en la pared, un enorme cabecero de cristal a juego con las mesitas de noche y un imponente armario de seis puertas cubierto de espejos. Todo se reflejaba. Veía a Paloma acostada en su cama desde varios ángulos. Su mirada de frente, su perfil izquierdo, su nuca. El mar de ropa que cubría el suelo se multiplicaba. Camisas, pantalones, gabardinas, tops, bragas, calcetines. Los muebles eran pesados, con acabados en cobre de estilo barroco o rococó o simplemente exagerados. No había un solo rincón desprovisto de información.

Me senté a los pies de su cama y, apoyándome en un cojín, recosté la cabeza sobre sus piernas. La postura me impedía mirarla directamente, así que lo hacía a través del espejo del armario. El reflejo se cortaba bruscamente a la altura de su cintura: podía verla a ella, pero yo quedaba fuera del encuadre. ¿Eso que hay incrustado en la pared, detrás de la puerta, es una caja fuerte? Sí y no, no puede abrirse. Me muero, es chulísima. No tenía ni idea, tu habitación acaba de subir bastantes puntos. Supongo que habrá que llamar a la casera, necesitamos la llave y el código. Amor, vas tarde. Se lo pedimos hace mil años y no se acuerda de nada. Pues

buscamos la forma de abrirla en un tutorial de YouTube. Deja de decir tonterías. Cuéntame entonces por qué vas escasa de mimos. A Francesco no le renuevan en el curro y ha decidido que si no encuentra trabajo antes de que se le acabe el contrato se vuelve a Italia. Hostia. ¿Y cómo te sienta eso? Bueno, teniendo en cuenta que no nos hemos separado desde nuestra primera cita, estoy asustada. Porque la idea sería seguir a distancia, ¿no? Sí, claro. No nos adelantemos a los acontecimientos. Quizá encuentre algo. ¿Cuándo lo echan a la calle? En un mes. Un mes. Un mes da para mucho. Muchísimo. ¿Está dispuesto a trabajar en algo que no sea lo suyo? No. Ya. Toca organizarse. Hoy es día de tristeza y malestar, está prohibido comer fruta y es obligatorio empantallarse. Un concierto de *k-pop,* unas palomitas cubiertas de caramelo… Mañana ya ventilas la habitación, te lavas la cara con los tropecientos productos que tienes. Relativizas. Es posible que se quede, que nada cambie, y en el peor de los casos te darás unos paseítos por Milán, descubriréis vuestro restaurante de pasta favorito y follaréis en italiano. Oye, a mí me suena a planazo. Aunque quizá ya folláis en italiano. ¿Folláis en italiano? Follamos en esperanto, Hugo. ¡Qué divertido! Muy apropiado para una relación internacional como la vuestra. Si hasta en la cama tiene que buscar el consenso. Anda, hazme un hueco que te doy un achuchón. Estos abrazos están reservados para la chica más triste de la casa. No te preocupes demasiado, las cosas se recolocan solas. Y al quedarnos callados, me di cuenta de que no era capaz de ponerme en su lugar. Tampoco lo necesitaba. Lucas nunca se iría sin mí y yo nunca me iría sin él. Era una cuestión de prioridades y nosotros, a diferencia de ellos, las teníamos claras.

Sentí una superioridad que se reforzaba con cada vaso vacío que veía. Tres en la mesita de noche, uno en el suelo a los pies de la silla, dos tazas sobre el escritorio con sus respectivas cucharillas. Seis en total. Era un caos circunscrito a su habitación. Me fijaba en el mosaico de telas coloridas que fluían de la cama al suelo y trataba de reconocer los complementos que habitualmente llevaba puestos. Un pañuelo azul marino en el respaldo de la silla y unos pendientes de aro junto a unos envases de medicamentos. Los objetos que me rodeaban pertenecían a dos mundos: su habitación y su cuerpo. Diariamente, se movían de uno a otro, aunque a veces se quedaban inmóviles cuando Paloma decidía no quitarse una pulsera o un cinturón se perdía bajo la cama. Esa, sin embargo, no era la norma. Su cuarto era un espacio mutante en el que afloraban comida asiática y paletas de maquillaje durante el fin de semana y dosieres y ropa corporativa en los días laborales. Francesco y ella lo habitaban con una naturalidad que envidiaba.

* * *

Ya no guardo mi cepillo de dientes y mi maquinilla de afeitar en el baño marrón; los he trasladado al aseo blanco. Es un lugar en el que nadie puede molestarme porque nadie lo usa. Antes yo tampoco lo usaba. El váter es pequeño y las paredes te aprietan. Suelos blancos, paredes blancas, techos blancos. Los azulejos te aprietan y el blanco te aísla. Lo he convertido en mi refugio. Dentro, me cepillo los dientes a pocos centímetros del espejo. Veo la espuma formarse en mi boca. Me limpio la cara con jabones especiales. Por la noche uso uno y después otro y por la mañana otro más. El pestillo echado. Me afeito con la maquinilla enchufada. No me molesta el

cable, he aprendido a manejarlo. Con un sutil movimiento de muñeca lo alejo de mi cara. Si es de día no enciendo la luz y si es de noche me alumbro con la linterna del móvil. Hago del aseo blanco un lugar agradable. Compruebo que el pestillo está echado, que la ventana está cerrada. Meo sentado, con los codos apoyados en las rodillas. Permanezco quieto, inmóvil. Es un lugar en el que nadie puede molestarme. Dentro del aseo estoy protegido. Me cepillo los dientes y me enjuago la cara. Abro el grifo para limpiar mi escupitajo. Oigo el agua y las voces de afuera. Santiago habla por teléfono. Las paredes me aprietan, me contienen. Examino mi cutis, lo palpo con la yema de los dedos. El aseo es mi trinchera. El váter, el lavabo y el espejo están muy juntos. El váter, el lavabo y el espejo son blancos. El espejo solo refleja blanco. Uso una pastilla de jabón para limpiarme las manos. Froto las uñas, los nudillos. Me afeito con la maquinilla enchufada. Oigo el ruido mecánico y las voces de fuera. Espero sentado en el suelo. Inmóvil, quieto. Paso mucho tiempo aquí dentro. El resto de la casa me aterra, me cuesta pisarla. Tiemblo al abrir la nevera o al cruzar el pasillo. Ya no entro en el salón. Duermo y como en mi habitación. En el aseo blanco dejo pasar el tiempo, es el único lugar en el que nadie puede molestarme.

* * *

Me pasé el día tirado viendo la tele. Programas de asesinos en serie y caníbales, tertulias políticas sensacionalistas, *realities* con cuerpos operados y anuncios. Muchísimos anuncios. Anuncios de pastas de dientes, con sonrisas blancas, perfectamente alineadas, sin caries. Anuncios de jamón cocido, cortado en lonchas, reducido en sal, expuesto en cocinas de masías, extratierno. Anuncios de páginas

web capaces de encontrar el teléfono más barato, la habitación de hotel ideal y el coche al mejor precio. Anuncios para la piel, para la edad, contra la edad. Anuncios de quitamanchas, en polvo, espray, pastillas, con camisetas sucias que se vuelven relucientes. Padres y niños felices. Anuncios en castellano, anuncios doblados al castellano, anuncios con frases en francés pronunciadas con acento inglés. Anuncios de películas, series, concursos, telediarios. Marcas, sintonías, logos, eslóganes. Ya disponible en tu kiosco de confianza, esta noche en Antena 3, en El Corte Inglés. Escuché horas y horas de voces superpuestas a melodías y sonidos ambientales. Acordes y gritos. Manifestaciones a pie de calle, peleas en islas paradisíacas y celebraciones en plató.

Al apagar la tele supe que hasta el día siguiente no podría librarme del ruido. Me quedé sentado en el sofá observando la pantalla, ahora negra, con la que me había abstraído más de cinco horas. No, más de siete u ocho horas. Durante ese tiempo, el salón se había esfumado y ahora reaparecía, gradualmente, a mi alrededor. Primero los muebles y a continuación los objetos que reposaban en ellos. La estantería empotrada y el clasificador de Valentina. La mesa del comedor y el servilletero vacío. Estaba agotado. Pensé en las cosas que todavía podía hacer antes de acostarme. Preparar algo de cena, leer unas páginas, llamar a mamá. Si lograba cumplirlas, me iría a la cama algo más relajado. Dejé el mando de la tele sobre la mesa de centro, recorrí el pasillo a oscuras y encendí la luz de la cocina. Tortilla. Fui capaz de batir los huevos y pelar las patatas pausadamente pero, en cuanto puse el aceite a freír, me sorprendí dando bandazos. Tirando restos a la basura, fregando cacharros, sacudiendo la sartén. Me detuve

bruscamente. Yo quería calma. Apagué la lámpara del techo y encendí la de la campana. Retomé la actividad en la penumbra. Me concentré en la crepitación del aceite caliente. Me concentré en el zumbido intermitente de la nevera y en la discusión de la chica adolescente del piso de arriba con sus padres y en el gorgoteo de las tuberías de aguas fecales y en el motor del ascensor desplazando la cabina. No me calmé. Serví dos tercios de la tortilla en un plato y, antes de instalarme en el salón, escogí un libro de mi cuarto.

Cené contento. Despacio y saboreando. La tortilla estaba en su punto y el pan del día anterior algo seco. Conseguí llevar a mi boca porciones pequeñas que mastiqué hasta que no quedaba nada por masticar. Ahí comencé a sentirme a gusto: estaba en mi casa, y mi casa estaba en un barrio repleto de parques y coches. Recostado en el sofá contemplé el blanco del techo, la sombra distorsionada de la lámpara de araña, e ignoré el olor a huevo hasta que dejé de notarlo. Me puse a leer con un vaso entre las piernas, procurando mantener su equilibrio cada vez que pasaba de página o me rascaba la cara. En mi mente se entrelazaban imágenes de la historia y del agua tambaleándose bajo el libro. Era agradable. No tardó en apetecerme algo dulce, una onza de chocolate, tal vez, o una galletita de mantequilla. Entretuve un rato el pensamiento: el azúcar y su satisfacción inmediata. El sabor y sus resquicios en las muelas. Mientras me decidía a ir a buscarlo llegó Paloma, y antes de que Paloma alcanzara el salón, llegó Valentina. Se saludaron en el pasillo y Valentina se metió en su habitación y Paloma se reunió conmigo en el salón.

Sigo sin entender qué le cuesta asomarse y decir: Hola, buenas noches, estoy cansada, no me encuentro demasiado bien, nos

vemos mañana. Yo porque me la acabo de cruzar, si no tampoco me hubiera dirigido la palabra. Siempre consigue dejarme con la sensación de que he hecho algo mal. ¿Qué habré dicho? ¿Qué habré dejado tirado? A mí me la bufa, llego cansada de trabajar y lo último que me apetece es descifrar sus estados de ánimo. Si se le cruza un cable porque he dejado unas cajas de pizza vacías en la encimera o tú le has cogido un puñetero huevo es su problema. Tú te crees que yo tengo que estar pendiente de… Cállate, que viene.

Hola. ¿Qué tal? ¿Cómo estás? Bien bien. Tengo que hablar con vosotros. Claro claro. ¿Ha pasado algo? Sí, que me voy del piso ¿Que te vas del piso? Me voy del piso. Joder, ¿y eso?, ¿adónde? En plan, ¿te quedas en Madrid? Sí, sí, me quedo en Madrid. Me marcho a vivir con mi colega Alberto a la casa en la que estuve antes de venirme aquí. ¿Pero esa no es donde viviste con tu ex? De hecho, él sigue viviendo allí, ¿verdad? Ahí está la cosa, mi antigua casera me avisó hace un par de semanas de que se quedaba el piso vacío por si podía recomendarle a alguien y, como tiene dos habitaciones, pensé que era la ocasión ideal para volverme, esta vez con Alberto. Jo, qué pena me da esto. ¿Y cuándo te vas? A final de mes. ¿Lo tienes cien por cien decidido? Sí. Vale. Qué rápido. No sé qué decir. Me alegro por ti, Valentina. Sí, yo también. Gracias, chicos. Estoy muy ilusionada, ya hemos empezado a mirar muebles y decoración. Qué chulo. Ya os invitaré cuando esté todo montado. Claro. Bueno, solo quería comentároslo para que lo tengáis en cuenta. Me voy a estirar a la cama, que me duele la espalda. Claro. Adiós, bella. Ponte bien. Si necesitas algo, avísanos.

Estoy flipando. Es lo último que me esperaba. A mí me parece lo más lógico, ¿no? No lo sé. Alucino, lo ha contado como si nada. Qué

fuerte. ¿A la casa en la que vivió con su ex? ¿Al que no soporta? ¿De donde se tuvo que ir porque le puso los cuernos? No seas mala. Nos toca buscar a alguien nuevo. No quiero ni pensarlo. Es una buena noticia, es evidente que ella necesita un cambio. Ya, a ver a quién metemos ahora. En fin, me voy a la cama que estoy rendido. Hasta mañana, guapo. Descansa mucho.

Mami. Hola. ¿Me oyes bien? Sí, te oigo. ¿Qué tal? Bien bien. ¿Y tú? Bien, me pillas cenando un tartar de salmón con tu hermano. Qué rico. ¿Has pasado un buen día? Como todos, aquí nunca hay novedades. ¿Alguna habrá, no? Ninguna. Cuéntame cómo estás tú. Yo estoy agobiado, una de mis compañeras de piso nos acaba de decir que se marcha y ahora tenemos que gestionar que entre alguien nuevo y firmar otro contrato. Harás una cosa detrás de la otra y listo. ¿Y si metemos a alguien con quién nos llevamos fatal o la casera aprovecha para subirnos el alquiler? Hugo, los problemas cuando se presenten y de uno en uno. Pero ¿si nos lo sube? Si os lo sube, se paga, y si te quedas sin dinero, me llamas. No quiero llamarte. Lo tienes facilísimo. Estoy preocupado. Despreocúpate ahora mismo. No estás autorizado para preocuparte. Me preguntabas si había alguna novedad. ¿Te acuerdas de Mariana? Me la crucé el martes pasado saliendo de la oficina, ella venía del hospital. Le han dicho que la quimio no está dando resultados. ¿Y cómo se encuentra? Pues fatal, cómo se va a encontrar. Su marido va a dejar el trabajo para cuidarla. Lo siento mucho. Escucha, voy a ir a ver a los abuelos el fin de semana que viene no, el siguiente. Salgo el viernes justo después de trabajar y vuelvo el domingo por la tarde. Si quieres coger un tren desde Madrid, nos vemos allí y

comemos juntos. Lo pienso y te digo. Venga. Un beso. Te quiero. Adiós.

Descansé poco y mal. Di muchas vueltas en la cama, me acomodaba en una esquina, ojos cerrados, cuerpo encogido, bien quieto. Me esforzaba en dormirme. Pero el sueño no venía, ni siquiera se asomaba, y esa esquina y esa posición dejaban de servirme porque las consumía de tanto pensarlas: la esquina se volvía demasiado caliente y la posición demasiado concreta. Concreta en el sentido de conocida, de específica, de palpable, de real, o sea, contraria al descanso. Para conciliar el sueño, para perder la conciencia, es necesaria una neblina que borre la existencia. Entonces probaba con otra postura, en otro lugar, pero no tardaba en agotarla y me veía obligado a encontrar una nueva. Así durante horas. Con cada cambio, con cada movimiento perdía un puñadito de cansancio, y al principio era imperceptible pero bien entrada la madrugada era capaz de ver en la oscuridad y oír sonidos muy lejanos.

Al despertarme, el peso de mi preocupación era todavía más abrumador. Quise que sucediera rápido, acelerar el proceso. Encontrar un compañero de piso de inmediato. Mandé mensajes a mis amigos más cercanos, luego a colegas y por último a conocidos. Y nada. Pensé en todos ellos, recibiendo mi mensaje en las habitaciones de sus respectivas casas, felices y desinteresados en mi propuesta. Decidí anunciarlo en Instagram. Una foto de las molduras del techo con un par de frases por encima indicando la zona, el precio, el requisito de ser buena gente. Justo antes de publicarlo añadí un par de corazones. El buen rollo era importante. El móvil se puso a brillar, sonar y vibrar. Decenas de notificaciones inundaron la

pantalla, una tras otra, como los créditos finales de una película. Nombres desconocidos. Caras desconocidas. Revisé los perfiles: gente con amigos, de fiesta, reflejada en espejos, con comida, en la playa y en la ciudad. Los trasladaba mentalmente de las imágenes a la casa. ¿Encajaban? Dediqué la mañana a indagar, filtrar, descartar y, pasada la una del mediodía, desperté a Paloma. La senté en el sofá e indagamos, filtramos, descartamos y seleccionamos. Andrés, Pedro y Gonzalo. Andrés nos gustaba a los dos, Pedro me gustaba a mí y Gonzalo le gustaba a ella. Los tres nos respondieron al instante y los citamos para aquella misma tarde: Andrés a las siete, Pedro a las ocho menos cuarto y Gonzalo a las ocho y media.

Media hora antes de la visita, Valentina salió a tomar algo con sus amigas para darnos espacio y yo aproveché para revisar su habitación. Mientras mi mirada saltaba de los DVD a los botes de perfume, me pregunté por última vez si debía trasladarme allí y dejar mi cuarto al futuro compañero de piso. Las tres habitaciones costaban lo mismo y su selección se regía de acuerdo con el principio de antigüedad. Sabía que Paloma estaba bien asentada en la suya y a mí me atrajo la idea de moldear mi experiencia en la casa cambiándome de espacio. ¿Era realmente eso lo que quería? Finalmente decidí seguir concentrando mis vivencias en una misma habitación. Me vestí como de costumbre para dar la sensación que daba de costumbre y esperé inquieto en el sofá del salón.

Cuando sonó el timbre corrí al interfono. ¿Sí? Hola, soy Andrés. Hola, segundo B. Avisé a Paloma y aguardamos en la entrada con la puerta abierta hasta que llegó el ascensor. ¡Buenas! Hola. ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Has llegado bien? Sí, lo difícil ha sido encontrar aparcamiento. Él es Hugo y yo soy Paloma. Encantado. ¡Igualmente!

Bienvenido. Si te parece damos primero una vueltecita por el piso. Este es el maravilloso recibidor y a mano derecha está el baño principal. Irás notando que es la casa de los espejos: hay en la entrada, varios en cada baño, en todas las habitaciones y uno enorme en el salón. La cocina es la única que se libra. También hay muchas ventanas. Eso sí que está genial. Nos gustan las ventanas. Nos encantan las ventanas. Este es el baño principal y este sería tu cajoncito. Justo después está el aseo, muy apañado, y a continuación la cocina. Horno, placas de gas, microondas, cafetera… No hay tostadora. La tostadora se la lleva la compi que se va. La cafetera se queda. Salvo una de las placas de gas todo funciona, aunque el horno es lentillo. A continuación llegamos al cuarto de los horrores que, como ves, se define por sí solo, y tras la puerta del fondo está la que sería tu habitación. Amplia y sin mamotretos. Sí que es grande, sí. Me esperaba algo muchísimo peor. Ay, es verdad, que ni te habíamos mandado fotos. No, no, a mí con el precio y la zona ya me teníais convencido. Es que es una ganga. Armario empotrado, techos altos, ventanas aislantes, suelos de madera… ¡Dos baños! Y nosotros que somos majísimos, ¿o no? Por último, el salón con una estupenda decoración de abuela, pero no te preocupes, aprenderás a quererlo. Hugo le tiene un cariño… ¿Te apetece beber algo?

Le preguntamos por sus rutinas, sus convivencias anteriores, sus fuentes de ingresos, sus hábitos de limpieza, sus habilidades comunicativas, sus planes de futuro, su flexibilidad ante imprevistos. Le preguntamos por su infancia, su adolescencia, su adultez. Por sus intereses, sus aficiones, sus pasiones, sus obsesiones. Por sus preferencias, sus expectativas, sus preocupaciones, sus necesidades.

Era de Pamplona, como Paloma, de dos barrios más allá del suyo. Necesitaba la habitación urgentemente porque los compañeros con los que vivía habían incendiado la cocina y parte del pasillo. Trabajaba en el mundo del cine, se encargaba de la fotografía de los proyectos que su novia dirigía. A veces también trabajaba en proyectos que su novia no dirigía. Esto era así desde hacía poco tiempo, hasta hace dos años se había dedicado a arreglar molinos eólicos: los escalaba con un arnés, hacía inspecciones técnicas y sustituía piezas dañadas. Mientras nos lo contaba, mi cabeza se llenaba de parques eólicos al borde de autopistas y de ahí saltaba a hectáreas cubiertas por placas solares perfectamente alineadas. Pensé en energía renovable, en energía verde, en ventanales orientados al sur y en el horario de invierno.

La conversación fue derivando a los bares en los que ambos se emborrachaban en Pamplona. Los nuevos y los de toda la vida. Frecuentaban los mismos sitios y probablemente ya se habían cruzado antes. Tal vez en la cola del baño de un garito o en una parada de un autobús nocturno. Esa posibilidad generó tal confianza entre ellos que, al despedirse en la puerta de casa, se dieron un abrazo como viejos amigos.

Buenas. Hola. ¡Hola! ¿Qué tal? Él es Hugo, y yo soy Paloma. Pedro, encantado. ¡Igualmente! Bienvenido. ¿Te parece que demos primero una vuelta por el piso? Este es el recibidor, a mano derecha el baño principal, y este sería tu cajoncito. Justo después el aseo y a continuación la cocina. Totalmente equipada aunque el horno es viejo. Pasado este cuartito está la que sería tu habitación. Es amplia y con doble acristalamiento. Ojéala sin problema. ¿Viene amueblada? Sí, con la cama, la mesita de noche y las dos cómodas.

Bien, bien. Por último el salón, antiguo pero en muy buen estado. ¿Te apetece beber algo?

Le preguntamos por su día y le contamos el nuestro. Acababa de estar en el cine y por la noche tenía un cumpleaños. El cumpleaños era en casa de su novio. Su novio vivía a las afueras y, aunque la zona estaba mal comunicada, dormía con él la mayoría de los días. Los días en los que no lo hacía recordaba que odiaba su habitación y se metía en Idealista. De hecho, la semana pasada había visitado una habitación cerca de Embajadores en el piso de unos chicos majísimos, pero desde entonces no habían vuelto a dar señales de vida. Paloma y yo nos comprometimos a darle una respuesta como muy tarde a la mañana siguiente.

Hola. ¡Hola! ¿Qué tal? Paloma y Hugo. Yo soy Gonzalo. Te damos una vuelta rápida, que se nos ha hecho tarde. Disculpad el retraso… No te preocupes. Por aquí el baño principal, a continuación el aseo y después la cocina. ¿Con fuegos de gas? Eso es. Pasado este cuartito está la habitación. Completamente amueblada. De acuerdo. Justo enfrente el salón, con su mesa de comedor, sofá y mecedora. Nos encantaría tomar algo contigo y así conocernos un poco mejor, pero vamos pilladísimos de tiempo: Paloma tiene un cumpleaños en casa de su novio, que vive a las afueras, y no quiere llegar tarde. Claro, no os apuréis. Mil gracias por pasarte, entre hoy y mañana te contactaremos con lo que sea. Vale, estaré pendiente. Buenas noches. ¡Adiós!

Eres un sinvergüenza. Tú y yo sabemos que antes de que Andrés hubiera salido por la puerta la habitación ya era suya. De eso no te quepa duda.

* * *

No puedo seguir leyendo. Es la tercera vez que comienzo este capítulo. Por unos segundos, me sumerjo en el adosado unifamiliar desvalijado donde vive la protagonista. Le han robado la televisión y el dinero en efectivo que escondía en el primer cajón de la cocina, bajo los cubiertos. Está todo revuelto, los platos resquebrajados en el suelo. Nerviosa, contempla varias opciones. Llamar a su hermana o avisar a la policía; pasar la noche entre escombros o marcharse a casa de una amiga. Aunque la situación no tenga nada que ver, le recuerda a un altercado que tuvo de niña en el recreo del colegio. No es una cuestión de circunstancias, sino de sensaciones. Lo que le acaba de ocurrir es completamente distinto y, sin embargo, la transporta directamente a su cuerpo de niña en el patio. Y a partir de ahí, me pierdo.

Me sorprendo leyendo frases a las que no atribuyo ningún significado. Son meros sonidos que ocupan un segundo plano entre mis pensamientos. Lo intento varias veces sin éxito. Soy incapaz de desdoblarme, de salir de mí mismo. Nunca hubiera imaginado encontrarme en esta situación. Sentirme así. Ser así. Tal vez ese haya sido el problema. Tal vez de haberlo imaginado, no hubiera ocurrido, no lo habría dejado ocurrir. Es un razonamiento inútil que no puedo borrar de mi mente.

Ahora quedan las consecuencias, se mantienen en el tiempo. No me permiten olvidar y esa es su función: asegurarse de que mantengo presente el suceso. Constantemente, sin interrupción. Y así es. Son un muro que me separa del exterior. Desincrusto el hielo acumulado en las baldas de la nevera recordando los hechos. Me enjabono y enjuago el pelo en la ducha recordando los hechos. Leo

las páginas de un libro recordando los hechos. He dejado de existir, solo importa el suceso.

* * *

Primero Lucas recitaba un capítulo y a continuación lo releíamos cada uno por nuestra cuenta marcando observaciones y propuestas. Era la única persona a quien le enseñaba lo que escribía: su opinión me bastaba. Llevábamos desde las diez de la mañana instalados en el comedor, uno enfrente del otro. Concentrados. Casi siempre editábamos pasajes apalancados en el sofá o tirados en la cama. Pero esta era la última vuelta. El último repaso. Trabajábamos bajo la luz de una lamparita que se reflejaba sobre los muebles de madera barnizada. A nuestros lados, sillas vacías; sobre la mesa, dos pilas de folios. Lo revisado y lo pendiente de revisar. No tocábamos los móviles, no cambiábamos de posición, no dibujábamos en los márgenes, no jugábamos con nuestras manos o con nuestras miradas o con nuestras expresiones. Tan solo avanzábamos. Página tras página y capítulo tras capítulo.

Al otro lado de la puerta de cristal, en el pasillo, el movimiento era continuo. Valentina vaciaba su habitación con la ayuda de un amigo. Ropa en cajas, un edredón enrollado, la tele de plasma envuelta en papel de burbujas. Oíamos la puerta de la entrada abrirse y cerrarse continuamente, y yo sentía como, con cada viaje, ella se desprendía de un trozo de la casa. Mientras nosotros reformulábamos frases y reestructurábamos párrafos, ella dejaba atrás la cocina de gas con un fuego roto, los pomos dorados de las puertas, el sofá arañado por el gato. Nos dejaba atrás a nosotros. Dejaba atrás a Paloma paseándose en albornoz, a Lucas ofreciéndole café recién hecho, a

mí cepillándome los dientes asomado a la ventana. Conformábamos un estado a punto de desaparecer, una realidad que se disolvía. Observaba el proceso como algo ajeno, limitándome a constatarlo. Allí, Valentina se marchaba y aquí, Lucas me ayudaba. Lucas y yo siempre, siempre nos ayudábamos. En todo. En cada una de las cosas en las que necesitábamos una mano, un apoyo, un empujón. Nunca, nunca nos dejábamos de lado. Nuestro amor era sostenernos. Abrazos, miradas, aliento, tiempo.

Cuando Lucas se detenía en un párrafo, yo trataba de averiguar sus pensamientos. ¿Qué le estaba evocando? ¿Lo entendía correctamente? ¿Lograba transmitir la imagen que deseaba? ¿Había interpretado algo nuevo, más allá de mi intención? ¿El qué? ¿Era bueno? Dime qué pasa. Espera. Se hace repetitiva la forma en la que explicas que abres una puerta del portal y a continuación la siguiente. Pero es que abro una puerta y después otra: hay dos puertas y ambas las abro. Tan solo digo que se hace repetitivo. Es repetitivo. Abrir dos puertas es repetitivo. Lo es al hacerlo y debe serlo al leerlo. Vale, vale. Si mi justificación conseguía cambiar su opinión, continuábamos avanzando, de lo contrario, abríamos un debate. Entendernos era fundamental. Éramos conscientes de que rechazábamos aquello que nos generaba extrañeza y al superar esa distancia, al desvelar nuestras ideas, opiniones, posiciones, estas se superponían.

Había comprobado en numerosas ocasiones que mi aversión hacia las cosas desaparecía con su comprensión, hasta tal punto que precisamente aquello que me había molestado de algo podía convertirse en su mejor atributo. Era especialmente evidente con la comida: el cambio de percepción ocurría sin transición alguna.

Durante una gran parte de mi infancia, fui incapaz de soportar los grumos en la leche cuando tomaba colacao. Eran un error, una anomalía, no deberían estar ahí: los repudiaba y evitaba a toda costa. Sin embargo, eso cambió una tarde al ver un anuncio en la televisión donde un niño alegre con un bigote de leche aseguraba que lo mejor de su colacao matutino eran los pequeños grumos que se formaban después de mezclarlo, tanto que se los pedía expresamente a su madre. A la mañana siguiente me metí una cucharada de grumos en la boca, los mastiqué con lentitud y descubrí asombrado que me gustaban incluso más que beberme la leche chocolateada.

A medida que anochecía nuestros gestos y palabras se volvían más torpes. Al leer ciertos párrafos, notaba como algunas frases tenían un flujo interrumpido, y no lograba discernir si era una consecuencia de mi cansancio o un problema del texto. Las releía y releía y releía. Obligaba a Lucas a releerlas y releerlas y releerlas. Las repetíamos hasta que los sonidos se convertían en una masa amorfa sin sentido. Sombría y lustrosa como una vasija de porcelana. Sombría-y-lustrosa-como-una-vasija-de-porcelana. Sombríaylustrosacomounavasijadeporcelana. Y ahí, sí, rompíamos a reír. A carcajadas, aporreando la mesa, curvando nuestros cuerpos. Dirigíamos una mirada desesperada hacia el montón de folios pendientes y comprobábamos aliviados que era diminuto.

Revisamos el antepenúltimo capítulo, el penúltimo y, mientras terminábamos el último, Valentina entró en el salón. Había llegado el momento. Chicos, me voy. Nos levantamos de las sillas sin preocuparnos por recordar qué frase dejábamos a medias. Era nuestra muestra de respeto: el acontecimiento merecía toda nuestra

atención, desvestirnos de cualquier cometido previo, priorizar el momento. Anduvimos en fila por el pasillo, Valentina, Paloma, Lucas y yo. No había maletas ni bolsas ni mochilas. Tan solo ella abrigada, con botas, chaqueta, gorro y bufanda. Al alcanzar el recibidor nos despedimos uno por uno. Fue un adiós cotidiano cargado de sentimiento. Un abrazo, unas palabras; la débil promesa de seguir en contacto.

En cuanto se marchó fuimos directos a la que había sido su habitación. Permanecimos allí unos minutos, sentados en la cama, apoyados contra la pared. Paloma mencionó algo acerca de las algas que se utilizan para hacer *sushi,* y Lucas le preguntó si sabía prepararlo, a lo que contestó que no, pero que tampoco era tan difícil como parecía, que la clave estaba en el tipo de arroz. Charlamos clavando nuestras miradas en la pared, en el suelo, en los pomos de las cajoneras: al ocupar el espacio libremente, procesamos el cambio. Durante el par de horas que la habitación estuvo desocupada, se integró al conjunto de la casa, formando un corredor unitario por el que podíamos fluir mental y físicamente. Lo aprovechamos. Recorrimos la casa reparando en los objetos ausentes, la jabonera del aseo, las copas de balón, el cojín de la mecedora. Entramos y salimos de la habitación decenas de veces. Descubrimos en ella detalles que ignorábamos: sus molduras eran más austeras que las del resto de los cuartos y se oían claramente la lavadora o el lavavajillas de la vecina.

A la hora del desayuno empezaron a aparecer un cuenco y una cuchara en el fregadero; a la hora de la comida, la casa se inundaba de un fuerte olor a carne, y una silla de la mesa del comedor se

convirtió en el soporte de un cargador de portátil. Desde mi habitación, oía a Andrés entrar en la cocina o encerrarse en el baño y, cuando por fin encendía la ducha, miraba la hora para interiorizar su rutina. Luego se instalaba en el salón a trabajar. Montaba videoclips, hacía videollamadas, escribía en una libretita. Lo veía a través de la puerta de cristal que cerraba para no molestarme, y en realidad, no me molestaba en absoluto. Lo único que me incomodaba era que nunca ventilaba el baño, pero yo lo hacía por él, encantado de dedicar mi dosis diaria de irritación a algo tan trivial.

No me permití un período de adaptación. La casa debía ser un lugar de paz y tranquilidad inalterable. Y así era. Descongelaba espinacas en el microondas y barría el pasillo con los auriculares puestos. Cada vez que coincidíamos nos sonreíamos y aprendíamos algo nuevo el uno del otro. Su madre regentaba un taller de coches. Era hijo único. Le encantaba preparar *poke* de atún y salmón. Yo soy el mayor de tres hermanos. Mi padre vive en Oslo. ¿Te apetece que algún día vayamos al mercado del barrio y cocinemos juntos?

Por la noche nos juntábamos los tres en el salón. Ellos se sentaban en la mesa y yo, que había cenado hacía rato, me acomodaba en el sofá. Si una silla interrumpía mi campo de visión, la apartaba. Paloma compartía sus batallitas de la oficina cubriéndose la boca con la mano que sostenía el tenedor y Andrés asentía desorientado. No sabía en qué consistía realmente su trabajo, quiénes eran sus jefes y compañeros o cuáles eran las dinámicas de su departamento. Carecía de contexto. Le ayudaba a retomar el hilo poniéndome en su lugar; me desprendía de los detalles de la historia que conocía de antemano y, con ese nuevo

enfoque, añadía los elementos que consideraba relevantes. Tiene dos jefas: Marina y Jasmine, que está por encima. ¿Por encima de Marina? Eso es. Entonces, ¿quién es la encargada de renovarte el contrato? Jasmine, pero Marina es quien tiene que comunicármelo. Esperemos que se coordinen rápido. Esperemos, porque Marina se va este sábado dos semanas a un todo incluido en Punta Cana. ¡Mírala! De todas formas, durante el fin de semana me pondré a actualizar mi currículum. Pues yo también tengo noticias laborales. Mi sueldo vitalicio llega a su fin, se me termina el chollo. Me ha escrito hoy una tal Samira Rocaflores de Recursos Humanos anunciándome que me incorporo a la campaña de atención telefónica de Hacienda en un par de meses. Mucho ha durado. Muchísimo. De vuelta a contestar llamaditas. Gracias a Dios, seguirá siendo en remoto. No me puedo creer que vaya a tener que trabajar para seguir cobrando. ¿Así es cómo funciona vuestro mundo? ¡Serás desgraciado! Por lo menos me ha dado tiempo a terminar el libro antes de reincorporarme. Deberías mencionarlos en los agradecimientos. Total… Son patrocinadores oficiales del proyecto.

Andrés se esmeraba por integrarse en nuestros temas de conversación y nosotros hacíamos lo mismo con los suyos, que, en realidad, eran los mismos. Familia, trabajo, ambición, pareja. Francesco había regresado a Milán y Paloma todavía no lo había visitado. Lucas lanzaba un beso a mi ventana al pasar por nuestra calle exhausto de regreso del trabajo. Verónica era el amor de Andrés. Nos visualizaba a los seis desplazándonos sobre un mapa cuyo centro se situaba en la casa. En el sofá del salón de la casa. Era nuestro punto de confluencia. Ahí sentados, Francesco y Paloma habían pasado cientos de horas viendo series de Netflix, Lucas y yo

merendábamos guarradas ultraprocesadas los domingos y Verónica y Andrés pronto construirían sus propias costumbres.

Paloma casi no bebía agua, en ocasiones ni siquiera tocaba su vaso durante la cena, mientras que Andrés rellenaba el suyo continuamente. Clavaban el tenedor en la comida, cortaban porciones con el cuchillo y, según estuvieran hablando o escuchando, se las llevaban a la boca o tan solo se las acercaban. Andrés acompañaba sus bocados con pan. En el intervalo en el que Paloma masticaba, a él le daba tiempo a beber y rebañar. Conforme veía que conectaban entre ellos, yo me apartaba. Hablaban del euskera en el instituto, de las mascotas de sus infancias. Oír sus voces desde la cama me hacía feliz.

* * *

Lo primero que siento son las piernas, una molestia en la rodilla izquierda, una ausencia de molestia en la derecha. Luego vienen los brazos, las manos, las heridas en las yemas. La tripa, sus pinchazos, su pesadez. Mi cabeza arrasa con todo. El pensamiento y la realidad. El pensamiento es la realidad. No. Busco el espacio entre ambos, insisto en sus diferencias. Los separo pero se unen de nuevo. Feo, perverso, estúpido, decadente. Feo frente al espejo del baño, del recibidor, del ascensor, frente al reflejo de las ventanas del metro. Perverso con la gente que me rodea: por eso se alejan, por eso me castigan. Estúpido, incapaz de cuidar a quien me cuida. En decadencia.

Abro los ojos bajo el edredón, huelo mi aliento, estiro los brazos, cojo el móvil. Veo a famosos tomando el sol en yates, explosiones en bloques de apartamentos, personas opinando, cocinando,

maquillándose, bailando. Chicas guapas de vacaciones, emprendedoras, empresarias, exitosas. Me comparo con una, dos, tres personas. Leo el titular de un artículo de opinión sobre la extrema derecha, interpreto mi horóscopo, empatizo con la tristeza de un aspirante a cantante al que han expulsado de un concurso. Ignoro anuncios de joyas brillantes, plataformas de entretenimiento, hamburguesas en manos de supermodelos. Contesto mensajes de amigos y chateo con desconocidos. Me pongo un vídeo de una reportera entrevistando en una alfombra roja a celebridades que hablan de sus proyectos secretos. Sus ilusiones. Sus rupturas. Sus aprendizajes.

Pasadas dos horas llega el hambre. Pienso en lo que hay en la despensa y en la nevera. Comer me hará sentir bien, con la barriga llena seré funcional. Abro la despensa y la nevera. Saco un kilo de espaguetis, seiscientos gramos de tomate frito y quinientos de carne picada. El apetito recorre mi cuerpo. Hiervo la pasta y salteo la carne. La certeza de una saciedad inminente me agita por dentro. Saco unas servilletas, lleno una jarra de agua. Reduzco al máximo los tiempos para engullir cuanto antes. La pasta, al dente; la carne, roja. Vamos, vamos, vamos. Vierto el conjunto en la fuente más grande y lo como sentado en el suelo de mi cuarto. Me meto una cucharada en la boca sin haber terminado de masticar la anterior. Placer, éxtasis, satisfacción. La sensación de calma se intensifica con cada bocado. La llevo al extremo. Trago hasta que no puedo más. Pasta, carne y tomate en mis labios, mis dientes, mi garganta. Me vuelvo pesado.

Respiro por la boca, se me nubla la vista. Oigo un ruido lejano que no identifico. ¿Es frío o calor lo que estoy sintiendo? En cuclillas

acaricio mis pies por dentro de los calcetines. La habitación huele a carne, huele a cerrado. Me tiendo en la cama y me cubro los ojos con una almohada. No tengo intención de dormirme, solo quiero relajarme. Desconectar. Descansar hará que mejore mi ánimo. Me concentro en el peso de mi cabeza sobre el colchón. En el párpado del ojo derecho constreñido y en el cartílago de la nariz ligeramente deformado. Imagino escenarios bonitos que enjuagan mi mente. Una panadería perdida en un pueblo y una panadera horneando medialunas de mantequilla. Una tiendita pequeña con un mostrador, con tres mesas redondas, con una vitrina repleta de dulces. Palmeritas, barquillos, buñuelos, magdalenas, cruasanes, napolitanas, rosquillas, mantecados. Colgado de la pared, a la altura de la caja registradora, un cartel escrito a mano anuncia croquetas caseras. Se venden al peso y son de pollo o jamón. Hoy también hay de chorizo. La cocina en la que se preparan está en la trastienda y los sábados, con la ayuda de otra compañera, hacen crepes. Las favoritas del público son las bretonas. En la puerta de salida hay pegado un póster de una esquiadora de élite enfundada en un mono cubierto con logos de patrocinadores. Audi, Visa, Milka. Unas gotas de saliva humedecen la almohada. Algunos clientes preguntan por el precio del pan de chapata y otros sueltan un puñado de monedas sin mediar palabra. Una madre encarga una tarta de cumpleaños y un anciano se lleva la última barra.

Echo a un lado la almohada y no veo nada. ¿Cómo me llamo? ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? Hastío. Esta habitación y sus muebles; este cuerpo y sus sensaciones. Todo es hastío. Chequeo las notificaciones del móvil en la oscuridad. Mensajes sin importancia y varios correos basura. Veo vídeos de perros reencontrándose con

sus dueños, gatos tirando objetos al suelo, adolescentes estadounidenses disfrazándose para Halloween, reacciones a llamadas escalofriantes al 911. Leo comentarios de personas que elogian y critican. Emoticonos, signos de exclamación, mayúsculas, puntos suspensivos. Me incorporo en el borde de la cama para alcanzar la fuente de pasta. En una mano el tenedor y en otra la pantalla. Abro la boca, mastico la comida, la trago. Miro la pantalla, visualizo un vídeo, lo paso. Como sin atender a lo que estoy mirando y miro sin atender a lo que estoy comiendo. Agito la mente e hincho el cuerpo. Persisto hasta que me detengo. Aparto la fuente, suelto el móvil. Mi mirada perdida en el techo. Cierro los ojos. Hay unas quince personas alrededor de la piscina comunitaria de un bloque de apartamentos veraniegos. Bajo la sombra de un pino, una pareja de chicas en bikini lee revistas con las gafas de sol en la cabeza. Cerca de la verja de entrada, un grupo de cinco treintañeros en círculo juega a las cartas con botellines de cerveza en la mano. Frente a la valla que separa el jardín de la calle, dos hermanos gemelos chutan una pelota de plástico contra una portería imaginaria. En la zona de césped, una panda de niños se divierte lanzando globos de agua. Nadie se acerca a la piscina. No hay una sola nube. Los días siguen siendo largos. Debe ser la hora de comer porque se oye a los padres gritar los nombres de sus hijos desde los balcones.

* * *

Andrés no estaba. Andrés estaba en Euskadi rodando un videoclip o un cortometraje o un anuncio y yo estaba solo en casa, y cuando llegó Paloma y me saludó, yo ya sabía lo que me iba a decir. Que la oportunidad que le habían ofrecido era demasiado buena. Que se

apuntaría a un intensivo de francés. Que en un mundo ideal no hubiera tenido que escoger entre quedarse o el trabajo. Que esperaba que fuera a visitarla a Toulouse una vez estuviera instalada.

Llevaba dos meses acomodándome a nuestras dinámicas: esforzándome en pasar unas por alto y sintiéndome agradecido por otras. Era feliz o por lo menos comenzaba a serlo, porque Andrés era bueno y Paloma era buena, y vivir con ellos era sencillo. Sentía que nos queríamos. Quizá todavía no nos había dado tiempo a querernos, pero entre nosotros no había reproches ni resentimientos y eso significaba que lo que decíamos y hacíamos se correspondía siempre con nuestras acciones. Por eso, al llegar a casa, gritaba bien fuerte para que quien estuviera me oyera y saliera a saludarme. Y así, mientras colocaba la compra en la despensa o guardaba la chaqueta en el armario, me enteraba de cosas que ni me iban ni me venían, pero que me gustaba escuchar. Ellos hacían lo mismo, Paloma había incluso comenzado a llamar a mi puerta si no salía a recibirla cuando regresaba del trabajo. Preguntaba si estaba dentro y yo le contestaba que entrara, y se sentaba en la silla de mi escritorio y se fijaba en el título del libro que estaba leyendo o en las hojas secas de la planta junto a la ventana y me contaba su día. Que si había encontrado en las rebajas el vestido perfecto para la boda de su prima, que si venía de pagar un café con leche por transferencia porque su tarjeta de crédito había dejado de funcionar. Me fijaba en la forma en la que se expresaba. En sus sonrisas, sus gestos, sus tacos, sus muletillas. Eran detalles que revelaban que estaba relajada, cómoda, contenta de tenerme cerca. Eso me alegraba. Y cuando Andrés se sumaba a nosotros desde el marco de

la puerta me alegraba todavía más de vernos a los tres reunidos de forma espontánea en mi cuarto.

Volví a escribir a mis amigos. Volví a subir un anuncio a Instagram. Paloma se marchaba en una semana pero teníamos hasta final de mes para encontrar un sustituto. Tenía. Andrés ni siquiera sabía cuándo iba a regresar. Volví a contestar mensajes. Volví a analizar fotos. Volví a filtrar perfiles. Volví a entrevistar a candidatos. Alberto me pareció demasiado niño, Cristina no tenía fuentes de ingresos, Renata mencionó demasiadas fiestas, Teresa pretendía quedarse solo un par de meses y a Abdel no le gustó el mobiliario. Me despedí de cada uno de ellos en la puerta de entrada con una sonrisa apagada. Adiós. Nos vemos. Gracias por pasarte. Hasta pronto.

Me sentí solo.

Paloma compró bolsas, cajas, maletas. Dedicó las tardes que le quedaban a vaciar su armario y yo la ayudé a ratos. Emparejé calcetines, separé su ropa de verano de la de invierno, metí pintalabios, cremas y paletas de maquillaje en neceseres de tela. El recibidor y el pasillo se llenaban de bultos de diferentes tamaños, pero el armario seguía a rebosar. Chaquetas, sudaderas, bolsos, zapatos, clasificadores, toallas, sábanas, almohadas, un edredón de entretiempo, un albornoz, un ventilador, una esterilla de yoga e incluso una impresora. Decretó que todo podía ser útil y se negó a deshacerse de nada. Sus padres vinieron el fin de semana antes de que se marchara para ayudarla a rematar el trabajo. Hija, qué cantidad de cosas tienes. Hija, a ver cómo metemos esto en el coche. Hija, ¿qué harías sin nosotros?

Fueron días en los que no me separé del teléfono. Desayuné cereales con leche y me di duchas de agua hirviendo recordándome continuamente que, aunque no había dado todavía con la persona adecuada, estaba cada vez más cerca de encontrarla. Seguí enseñando el piso, seguí descartando candidatos. Me pregunté si estaba siendo demasiado exigente y concluí que debía serlo al escoger con quién iba a compartir una casa. Eché en falta no tener una segunda opinión, dudé de mi intuición. Me cabreé con Andrés por no acompañarme y con Paloma por marcharse.

Durante la última mañana de Paloma en el piso recibí un correo electrónico. Fui a buscarla a su habitación y nos abrazamos histéricos. Sus padres nos miraron confusos hasta que ella los puso en contexto. Le van a publicar un libro. Me van a publicar el libro. Se alegraron por mí. Lo repetí y nos volvimos a abrazar. Al levantar la vista, me di cuenta de que la habitación ya había dejado de ser suya: en ella solo afloraban los rastros de una multitud de vidas entremezcladas: el colchón de matrimonio de quienes hubieran estado casados, el escritorio de quien hubiera sido estudiante, las marcas de celo en la pared de quien hubiera sido joven. Sus últimos instantes en la casa fueron en calidad de invitada. El calor en Madrid comenzaba a ser infernal, pero en Pamplona la temperatura todavía era soportable. En cuanto al clima de Toulouse, no teníamos ni idea. Al despedirnos me prometió que pronto lo descubriría.

Aprovechamos que la habitación se había quedado vacía para instalarnos en ella. Lucas y yo. Fue como irnos de vacaciones. Dormimos con la puerta abierta. Nos paseamos desnudos por el

pasillo. Hablamos a gritos de una habitación a otra. No era la casa de siempre, era un lugar nuevo. Exclusivamente nuestro.

Lucas comenzó a tender las toallas en los respaldos de las sillas del comedor y habilitó un rincón de la encimera en el que almacenar el pan y la bollería. Se convirtió en un igual. Le di un juego de llaves. Dos del portal y una del piso. No me costó acostumbrarme a oírlo entrar en casa desde el sofá o la cama. ¿Sigues ahí tirado? ¿Qué tal con la pandilla? ¿Has aprovechado para pasar por el súper? ¿Y tú? ¿Tú qué has hecho? ¿No ves que el último rayito de sol me está dando en la cara? ¿Qué has traído del súper? ¿Estás a gusto? Un pelín acalorado. ¿Qué has traído del súper? Hazme un hueco. He traído ingredientes para que hagamos una pizza. ¿Qué tal con la pandilla? De vinos en la plaza. Sara ha comenzado a trabajar en un bingo los fines de semana. Canta y hace sorteos. ¿Sorteos? Regala cupones canjeables por consumiciones. Se lo pasa genial y no le pagan mal. Y Carla, ¿sigue con lo mismo? Sí…, pobre. Han preguntado por ti, tenías que haber venido. Me ha escrito una chica por Idealista hace un rato. Natalia. Vecina del barrio. Es de Zaragoza como Claudia, y es arquitecta. O casi arquitecta, está acabando un máster en nosequé. Mañana se pasa a ver el piso. ¿Bien, no? Sí. Se va a quedar con la habitación. Lo presiento. Oye, pues muy bien. Una cosa menos. Una cosa menos. Y me tocará hablar con la casera, ahora que soy el veterano. ¿Has visto lo del nuevo informe de la ONU sobre el cambio climático? La gente está comentándolo en Twitter. ¿Qué dicen? Lo que ya sabemos. Básicamente que España se va a la mierda, ¿no? Sí. Pues a ver si se va rápido y ardemos pronto. Todo el día preocupándonos por cosas, ¿para qué? Si nos estamos quedando sin planeta. Tengo hambre. Hugo, es prontísimo.

Soy francés. No eres francés y no vamos a cenar todavía. *T'es méchant*. ¿No piensas moverte? No entra en mis planes. ¿Qué entra en tus planes? Publicar un libro. ¿Fuerte, eh? Todavía no me lo creo, *molt fort*. Créetelo. Ojalá quede bonita la edición. Quedará bonita, ¿no? ¿Ya te estás empezando a preocupar? No, no. Qué horror la nueva canción de Markila. Suena a lo mismo de siempre. Bueno, ¿acaso no tiene derecho a hacer siempre lo mismo? Ya, ya. No sé qué le ve la gente. Iker dijo que su directo es la hostia. Es verdad, creo que la vio en el Wizink. Echo de menos cuando el Wizink se llamaba Palacio de los Deportes. ¿Qué tipo de empresa será Wizink? Me niego a googlearlo.

La pizza casera nos quedó rica, al igual que las lentejas que hicimos el día anterior y la tortilla que comimos el día siguiente. La cuarta noche cenamos fuera porque Natalia ya había llegado. Pasé la tarde con ella, llenando cajones y estantes con ropa, libros, souvenirs, maquillaje. Enseres. Almacenó sus latas de conserva en el rincón de la despensa que Paloma destinaba a los cereales. Dejó vacío un cajón del baño. Me contó que el piso del que venía estaba plagado de polillas, que por fin podría comenzar a vivir tranquila. Mencionó lo satisfecha que estaba con la calidad de las ventanas. La información sobre polillas que encontré en internet mientras ella organizaba sus camisetas no me alarmó demasiado. Al anochecer, noté que estaba cómoda y le dejé la casa para ella. Lucas y yo cenamos pollo al limón en nuestro restaurante chino favorito y ella se paseó por la casa asomándose sigilosamente a las habitaciones. O al menos así es cómo la imaginé.

Dos días más tarde Andrés entró con su maleta y una fotografía enmarcada. Reorganizó su maleta en la habitación y sustituyó uno

de los cuadros del pasillo por la fotografía. Antes de marcharse de nuevo entró a la cocina a por un vaso de agua y se encontró a Natalia preparándose un café. Se dieron dos besos. Fueron menos de dos minutos: no les hizo falta más para establecer que vivían juntos. Tenían todo el tiempo del mundo por delante.

El ordenador de Natalia hacía un ruido descomunal. Oía los ventiladores sobrecalentados hasta que, de repente, se metían en mi cabeza y desaparecían. Los olvidaba. Cuando yo me despertaba por la mañana, Natalia ya estaba estudiando. Cuando yo resucitaba de una siesta, Natalia estaba estudiando. Cuando se acercaba la hora de cenar, Natalia seguía estudiando. Yo me aburría y ella estudiaba. Tenía montado su escritorio de Ikea justo enfrente de la ventana, al lado de la puerta de su habitación, la cual nunca cerraba. La veía cada vez que iba al baño, a la cocina o al supermercado. Los pies cruzados sobre la silla y rodeada de informes y planos. Se concentraba muchísimo. Muchísimo más de lo que me había concentrado yo nunca. Era capaz de abrir un documento, leerlo, analizarlo, estudiarlo, modificarlo sin moverse. Sentada en la silla con los ojos clavados en la pantalla. Al terminar una tarea, iniciaba la siguiente sin distraerse fisgando los balcones de los vecinos, sin reparar en la bicicleta apelotonada junto a un somier en el interior de una terraza acristalada. Así durante horas.

Yo nunca había conseguido escribir más de dos frases seguidas sin perderme en las marcas de la pared o las líneas de mi mano. Por eso era lento en todo lo que hacía. La veía y pensaba en que si fuera como ella, si pudiera controlar mi cuerpo del mismo modo, el mundo sería mío. Escribiría muchos libros buenos y aprendería cosas y

cosas. Pero no era el caso. Yo era Hugo y Hugo era una persona espabilada y distraída. Y en el fondo, me parecía suficiente, y por eso me permitía dedicar mi tiempo a averiguar a qué correspondía la mancha a la altura del interruptor o qué podía significar la línea que atravesaba la palma de mi mano y se interrumpía a la altura del pulgar.

A menudo, varías veces al día, la llevaba a mi terreno. La obligaba a frenar. Me sentaba en el suelo a la altura de su puerta y le decía que me mirara, que me hablara. Casi siempre me echaba, pero en ocasiones apartaba la vista de la pantalla y daba un trago a su botella. Entonces sabía que podía quedarme. No habrá una puntuación lo suficientemente alta para evaluarte. No voy tan bien como crees. Veamos… ¡Examen! ¿Qué modificarías para mejorar la distribución del piso? Yo creo que hay demasiado pasillo. Uniría tu habitación al salón para que fuera menos estrecho, más proporcionado. El cuarto de los horrores, la cocina y la parte final del pasillo podrían ser un solo espacio y así cabría una isla con sus taburetes. Ya, pero ¿no crees que sería interesante convertir el cuarto de los horrores en un baño para crear una habitación en *suite?* De hecho, yo movería el salón donde están los baños, así desaparecería el pasillo entero. No puedes mover los baños de sitio. ¿Qué dices? Las cañerías del edificio están donde están. No puedes moverlas. Pues vaya bajón… Aunque, de todos modos, tampoco soy capaz de soñar tan en grande, lo máximo que alcanzo a imaginar es a Lucas y mí teniendo el piso entero para nosotros dos tal y como está. Tu habitación sería el dormitorio, la mía una biblioteca y la de Andrés un estudio de música. ¿Lucas compone? Sí, y en mi opinión es un genio. ¿Cómo os conocisteis? Por Tinder. Anda, así conocí yo

también a mi ex. ¿Y qué tal os fue? No lo sé. No acabé de entender lo que sucedió. Solo sé que me acostaba desquiciada todas las noches. Es gracioso, porque no sentí un deterioro progresivo. Sufrimos desde el principio. Yo más que él. Lo complicado fue no saber salir. Pero saliste. No sé cómo. No sé lo que sucedió. Manteníamos nuestras posiciones: ella en la silla, yo en el suelo. Así se sentía cómoda, en un estado transitorio que podía interrumpir cuando quisiera. Si yo veía que la conversación decaía, lanzaba una pregunta para evitar un silencio que pusiera fin al encuentro.

* * *

La luz del salón se cuela en el pasillo a través de la puerta de cristal. Corro de la cocina a mi habitación en la penumbra. Llevo conmigo dos huevos hechos al microondas y una lata de atún sin abrir. Bajo el brazo cargo una baguette. Me acomodo en el suelo, junto a la cama. Esparzo el huevo y el atún sobre un trozo de pan. Hoy no he cocinado, ojalá pueda hacerlo mañana. El huevo está templado y el atún frío. Reúno en un rincón las migas que caen al suelo. Se oyen trozos de la película de acción que Santiago ve en el salón. Los tiroteos, las explosiones, los gritos. La casa huele a carbonara. Esa es su rutina: preparar algo de cena y ver una película en su portátil encerrado en el salón. La repite todos y cada uno de los días. Lo oigo llegar y cocinar y atravesar el pasillo y encerrarse en el salón y hacer viajes al baño. Lo oigo acostarse de madrugada. Huelo su cena, veo los utensilios que ha utilizado desperdigados. Conozco a la perfección sus movimientos, su uso del espacio. Los conozco a la perfección porque me condicionan. Aguanto las ganas de mear, pospongo poner lavadoras, jamás entro en el salón.

El bocadillo de atún con huevo me gusta. Puedo identificar cada sabor individualmente pero también puedo saborear el conjunto. Es simple y me gusta. Quizá en un futuro le añada mayonesa o kétchup. Mejor ambos: una salsa rosa. Intento no mancharme los dedos. Sujeto el pan solo con las yemas. Índices y pulgares. Mastico deprisa, encadenando bocados. En mi habitación tampoco enciendo la lámpara, la luz de las farolas me basta. Prefiero restarle importancia a este momento, dejar que pase desapercibido. El hueco frente a la cama es un comedor, un salón, una cocina, una oficina, un tocador, un gimnasio, un cine, un recibidor. Un búnker. Suelo preguntarme cuánto tiempo más seré capaz de aguantar, aunque nunca me atrevo a responder.

Al terminar, almaceno los platos y los restos en el primer cajón del escritorio. Están también los de ayer y un par de tazas de hace varios días. Reúno los envoltorios, huesos y cáscaras en un bol. Procuro mantener la basura junta. Oculta. Hoy no he lavado los platos, ojalá pueda hacerlo mañana.

* * *

Buenos días, le atiende Hugo Blanco, ¿en qué podemos ayudarle? Hola, buenos días. Mire, mi marido el año pasado compró una finca rural en Langreo, Asturias, y en la asesoría me comentaron que hay una casilla específica en la que reflejarlo. ¿Me podría decir cuál es? Dígame su nombre por favor. María del Carmen Pozas. De acuerdo, María del Carmen, deme un segundo que le transfiero con el departamento correspondiente. Buenos días, le atiende Hugo Blanco, ¿en qué podemos ayudarle? Hola, a mi hijo el año pasado no le dieron plaza en la guardería pública y lo tuvimos en la privada. Me

han dicho que hay una deducción. Dígame su nombre por favor. Sí, me llamo Mercè Puig. De acuerdo, Mercè, deme un segundo que la transfiero con el departamento correspondiente. Buenos días, le atiende Hugo Blanco, ¿en qué podemos ayudarle? Sí, buenos días, veamos, yo cobro el Ingreso Mínimo Vital pero gano menos de diez mil euros al año porque trabajo solo a media jornada. ¿Tengo que hacer la declaración? Dígame su nombre por favor. Carlos. En efecto, Carlos. Los beneficiarios del Ingreso Mínimo Vital están obligados a realizar la declaración de la renta independientemente de su nivel de ingresos. De acuerdo, gracias. Que tenga una buena tarde. Buenos días, le atiende Hugo Blanco, ¿en qué podemos ayudarle? Escuche, es la quinta vez que llamo esta tarde y no son capaces de atenderme. Haga el favor de decirme dónde marco la deducción por instalación de placas solares y ni se le ocurra transferir la llamada. Dígame su nombre por favor. Adrián, me llamo Adrián. De acuerdo, Adrián, deme un segundo que le transfiero con el departamento correspondiente.

Evitaba apoyarme en el respaldo de la silla para que no me sudara la espalda. Respondía las llamadas con la mirada puesta en la calle. Cuando el semáforo de la avenida se ponía en verde, la gente comenzaba a cruzar. Una señora mayor encorvada con un bastón, dos jóvenes con collares de plata y cigarros en la boca, un cura en zapatillas deportivas. Les asignaba misiones, imaginaba sus casas. La señora con el bastón estaba cansada, no le apetecía salir del piso que compartía con su marido junto a la plaza. De hecho, ni levantaba las persianas por la mañana. Pero el domingo era el cumpleaños de su nieta, la de la mayor. La de su hija mayor. Y por eso se dirigía al bazar en busca de un detalle para no llegar con las

manos vacías a la celebración. Tal vez unos lienzos en blanco y un lote de pinturas o una lámpara de lava. ¿Qué le gustaría a su nieta? ¿Qué le gustaría a su hija que le regalara a su nieta? No quería gastarse más de quince euros. Con ese dinero le daba para cenar unos huevos rotos con patatas y boniato en el bar de la esquina y, como se privaba de ellos continuamente para estirar la pensión, gastarlos en un regalo no le hacía especial ilusión. En cuanto desaparecía de mi vista la olvidaba.

Según el convenio, disponía de cinco minutos de descanso visual por cada hora de trabajo. Un cronómetro en el centro de la pantalla marcaba la cuenta atrás. Salía corriendo de mi cuarto, me metía en el baño, meaba de pie, iba a la cocina, abría la despensa, comía lo que fuese. Si me topaba con alguien en el camino lo increpaba. Habla conmigo. Solo tengo cuatro minutos. Cuatro minutos. ¡Dame bola! Cuéntame algo. Rápido. ¿En qué estás pensando? ¡Tres minutos! Natalia estaba en la recta final de su trabajo de fin de máster y Andrés no pisaba el piso más que para dejar el equipo que traía de tal sitio y recoger el que se llevaba a tal otro. Pensaba en la casa como en un vestíbulo público donde los tres interactuábamos de forma independiente.

El verano estaba a la vuelta de la esquina y solo pensábamos en las cosas que nos quedaban por terminar. Mis últimas semanas de trabajo, mi primer verano fuera del piso. El fin de la etapa universitaria de Natalia, su primer verano en el piso. Andrés y su temporada de rodajes y galas de premios. Cada uno avanzaba en una dirección diferente. La casa era el punto común del que partíamos despreocupados sabiendo que nos reuniríamos de nuevo en septiembre.

* * *

Al entrar en el piso comencé a recordarlo. Las cintas de las persianas, amarillentas por su parte inferior y las lucecitas de los interruptores. Deshice la maleta. Colgué los pantalones en perchas y metí las camisetas y la ropa interior en la lavadora. La cartera y las llaves en la cajita de cerámica de la estantería. Las cremas y el colirio en el cajón del baño. Enchufé el cargador del móvil junto a la cama, tiré las cebollas podridas, añadí tres libros a la biblioteca. Ya estaba en casa.

Al poco rato recibí un mensaje de Natalia diciendo que se marchaba. No lograba encontrar trabajo. Las primeras semanas de verano habíamos chateado sobre cómo le iban las entrevistas, pero a medida que pasaba el tiempo y no la llamaban de la primera, y tampoco de la segunda ni de la tercera ni la cuarta, dejamos de sacar el tema. Ambos sabíamos lo que implicaba. Aun así, le agradecí haber esperado a mi regreso para avisarme. Me ahorró pasar las vacaciones estresado. Rumiando a quién meter. Rumiando cómo decírselo a la casera. Me enteré recién aterrizado en Madrid y me ahorró muchas preocupaciones. Recibí el mensaje mientras hablaba por teléfono con Iker y Iker, unas horas antes, había estado ensayando con Gabriel. Un buen amigo suyo. Guitarrista, de Móstoles, con ganas de independizarse. Había coincidido con él en alguna nochevieja o cumpleaños. Un chico majo, sonriente. Iker me mandó su contacto y le escribí al instante. Vino enseguida. Le encantó el piso. La cocina, los baños, el salón, la habitación grande. Le encantó porque era fácil: podía entrar cuando quisiera, el alquiler era irrisorio, estaba amueblado y tenía incluso un aseo de cortesía que, aunque era innecesario, seguramente sumaba.

Borré a Natalia de mi mente y le hice prometer a Gabriel que no se marcharía. Necesitaba estabilidad. Silencio, pausa, vacío. La nada. Charlamos durante un rato en el salón, mencionamos las veces en las que, efectivamente, nos habíamos visto antes. Estiré sus frases y reformulé sus comentarios. Me concentré en el timbre de su voz y en el movimiento de sus brazos. En algún momento nos despedimos.

Cerré todas las puertas de la casa y me senté en el sofá. Puse las manos sobre las piernas y comencé a respirar pausadamente. Primero las bombillas apagadas, luego los respaldos de las sillas curvados, las mantas dobladas, los tiradores dorados. El marco del espejo y el espejo. Posé la mirada en cada detalle. Me obligué a sostenerla. Respiré despacio. Inspiré, expiré. Noté el aire en las encías y la saliva en la lengua. No me moví en mucho rato. Recordé la cinta aislante que había en el primer cajón y la tela de araña que una vez quité de la esquina del techo con una escoba. Imaginé la reforma que hubiera hecho Natalia y la que hubiera hecho yo y también imaginé cómo quedaría el salón sin tantos muebles, solo con los necesarios. Una mesa de cristal de cuatro plazas y dos sofás pequeños enfrentados. Pensé que con un sofá delante del otro podría hablar con Lucas cara a cara, que eso mejoraría la calidad de nuestras conversaciones. También pensé que la riqueza aleja, que dos sofás nos separarían, que discutiríamos sin tocarnos las piernas. ¿Qué efecto tiene no estar en contacto físico con la persona con la que hablas? Sin responder, volví al marco del espejo, al espejo, al reflejo. A las molduras, al mármol, a las cortinas y los cristales. Y de ahí, muy despacio, me alejé. No me hizo falta cerrar los ojos. El espacio se vació por sí solo. En su lugar no apareció nada, tan solo

blanco. Fue un sitio cómodo en el que permanecer. Decidí dejar de esperar algo. Del piso, de quiénes lo habitábamos. Vi cada cosa tal y como era. Unas paredes, unos cuerpos reunidos.

Cuando llamé a Andrés ni se inmutó. Yo había coincidido con Natalia cerca de un mes. Él, menos de una semana.

* * *

El despertador comenzó a sonar a las siete de la mañana. Lo dejaba retumbar en mi cabeza hasta casi las ocho, cuando por fin lograba levantarme. Me daba una ducha rápida, desayunaba sin ganas un bol de cereales. Me ponía la ropa que tenía preparada en la silla, cogía el táper lleno de comida de la nevera. Examinaba mi cutis en el espejo, me cepillaba los dientes. Salía de casa a las ocho y media.

Regresaba tarde. Abría la puerta sobre las siete y media, a veces a las ocho, incluso a las ocho y media si había pasado por el súper. Nada más llegar procedía al recuento: comprobaba quién estaba en el piso. Sin interactuar. Guiándome por el sonido de la guitarra de Gabriel o la posición de la puerta de Andrés. Al atravesar el pasillo paseaba la vista por el baño marrón, el aseo blanco, la cocina. Captaba de refilón los signos de vida. Una toalla encima del bidé, una sartén en la encimera. El aire olía a una mezcla de rancio y comida. Encendía la lámpara de la habitación antes de dejar el táper en el fregadero.

Cocinaba a toda leche. Cuscús, pasta carbonara, espinacas con beicon o arroz con verduras. Jamás variaba o improvisaba. No tenía tiempo ni energía. Cocinaba y limpiaba. Calentaba el aceite, pasaba una bayeta por el picaporte de la nevera, desengrasaba el táper. Mi mente funcionaba por etapas. Cocinar. Fregar. Rellenar el táper.

Cenar. Preparar la ropa. Procuraba acortarlas al máximo con el objetivo de alargar el descanso: hasta dos horas de recompensa.

Andrés llevaba otro ritmo. Entraba en la cocina y se asomaba a los fuegos. No hay sorpresa, ya sabes que preparo siempre lo mismo. Menos mal que hoy no te ha dado por las espinacas. Estoy a tiempo de descongelarlas. Ni se te ocurra. No vaya a ser que te den alergia. La alergia me la da tu forma de escurrirlas en el puño. Oro verde las llamo. Más bien truño verde. Te pasas, Andrés, te pasas. Podrás con ello, Hugo, podrás con ello. Eres agotador.

¿Qué?, ¿cómo llevas lo de ser una persona funcional? ¿A estar explotado te refieres? Pobrecito… Cállate. Ahora en serio, ¿cómo lo llevas? Mira, las prácticas y las clases del máster, mal. El pasar por casa solo para dormir, fatal. Ya, tío… Me he convertido literalmente en Paloma. Ya, tío, y la jodida hacía que pareciese fácil. Supongo que la clave está en acostumbrarse. Ella estaba acostumbrada. Solo tengo que repetir, repetir y repetir la rutina hasta que me salga natural. Mientras tanto, soy disciplinado. Cocino, friego, relleno el táper, ceno, preparo la ropa. Y hablas conmigo. Y hablo contigo. ¿Vas a comer algo? Tengo sobras de pizza. Sácalas, anda.

Cenábamos sentados en la encimera con los platos apoyados sobre nuestras piernas. Apagaba la lámpara del techo y prendía la bombillita de la campana. La vecina de enfrente tenía siempre la luz de su baño encendida, y los del tercero, la de la cocina. Nos alumbraba la luz exterior. La oscuridad ocultaba nuestras manos, volvía nuestros gestos más ligeros. Nos gustaba. Conversar era más sencillo si no nos veíamos. Aunque sentía que no teníamos nada que decirnos, no parábamos de hablar. Le escuchaba explicar lo difícil que había sido grabar un videoclip con menos de dos mil euros, las

virguerías que había tenido que hacer junto con Verónica para que saliera adelante y cómo el estrés les estaba pasando factura en su relación. Yo no entendía de presupuestos ni de virguerías pero sabía mucho de estrés. De estrés individual, de estrés ajeno, de estrés compartido. Así que me enfocaba en eso y lo relacionaba con mi propia experiencia. Verónica se convertía en Lucas y, a continuación, Lucas se convertía en Verónica. Nos acompañábamos. Cuando regresaba a mi habitación recordaba que, a menudo, hablar es una necesidad. Que no se conversa porque se tienen cosas que decir sino porque es insano estar demasiado tiempo callado.

En la cama leía. Me obligaba a hacerlo. Subrayaba frases que resonaban conmigo, recitaba pasajes en voz alta. Leía despacio hasta que dejaba de entender el contenido del texto. En ese momento, apagaba la luz y cerraba los ojos.

La alarma dolía cada mañana. Intentaba levantarme a los cinco minutos, luego a los diez, luego a la media hora. Ojeaba titulares de *El País* y de *La Vanguardia.* Los términos «radiografía», «claves», «carga contra», «ordenará» turbaban mi cabeza. Regulaba el brillo de la pantalla, bajándolo al leer artículos y subiéndolo al ver vídeos. Reportajes de restaurantes con estrellas Michelin y de misiles alcanzando poblados. Tardaba una hora en levantarme. Una vez de pie, me daba cuenta de que no era tan difícil, pero hasta entonces la tarea parecía imposible. Lo redescubría cada mañana.

Me metía en la ducha. Ajustaba la temperatura del grifo antes de prenderlo y apuntaba el chorro hacia el desagüe durante los diez segundos que tardaba en salir el agua caliente, a continuación colgaba la alcachofa de la pared y cerraba los ojos. Descansaba. Quieto, bajo el agua, concentrado únicamente en el calor y en el

sonido. Si un pensamiento atravesaba mi mente, era tan ligero y maleable que surgía y desaparecía de una forma tan natural que apenas lo percibía.

El bol de cereales me resultaba infinitamente más desagradable, pero era crucial en el inicio de mi jornada. Si me lo saltaba, salir de casa con la cara lavada, resistir la tentación de empantallarme en el metro y mantener una postura correcta en la oficina y en clase se volvían irrelevantes. Por eso me forzaba a preparármelo y tomarlo. Consciente de que, ese pequeño acto, marcaba una intención inicial de la que dependían todas las demás.

Me vestía con ganas, seguro de la ropa que me ponía. Era un acto automático. Notaba los tejidos ajustarse a mi cuerpo y el calor de estar cubierto. No pensaba nada durante el proceso porque de eso ya me había preocupado la noche anterior. Tres minutos más tarde, después de haberme cepillado los dientes con la mirada clavada en mi reflejo, salía de casa.

Por la noche, abría la puerta con dificultad, procurando que no se me cayeran al suelo las latas de atún o la bolsa de manzanas. Desde el recibidor, oía a Gabriel y Andrés charlar en la cocina. Atravesaba el pasillo con las llaves colgando de la boca y soltaba la compra sobre la encimera. Mi saludo no interrumpía su conversación. Colocaba la verdura en la despensa y los lácteos en la nevera. Cada cosa tenía su sitio. Reían juntos. Nunca entendía bien de qué, si de la historia que compartían o de la forma en la que la narraban. Simplemente me daba cuenta de que se conocían y de que su encuentro no había ocurrido en mi presencia. Yo los había presentado una tarde en el bar de la plaza, y ellos, desde entonces, habían intimado por su

cuenta. Era obvio, la casa seguía existiendo cuando yo no estaba en ella. Aun así, me extrañaba.

Muchas noches, por inercia, Lucas subía a casa. Llamaba al timbre y le abría. Lo guiaba de la mano hasta mi cuarto y nos sentábamos cada uno en un extremo de la cama. Nos mirábamos en silencio: no teníamos nada que contarnos. Venía de trabajar. No le gustaban sus alumnos de por la tarde. Intentaba sacar tiempo para componer sus canciones. No quería dedicarse a dar clases. Yo me pasaba el día delante de pantallas. Me aburría el máster en gestión cultural. Me aburría el trabajo de recepcionista en una galería de arte. Estábamos agotados. Teníamos hambre. ¿Esos pantalones son nuevos? No. ¿Mañana te toca ir a La Elipa o a Fuencarral? Por la mañana a La Elipa y por la tarde a Fuencarral. Vaya. ¿Qué tal la universidad? No aprendo nada. ¿Qué tal las prácticas? Algo mejor. Voy a descongelar unas espinacas, ¿quieres? No, ya ceno en casa. Vale. ¿Nos vemos mañana? Dale.

* * *

Es un sueño recurrente. El escenario y el contexto varían, pero la esencia es siempre la misma. Santiago se acerca a mí desde el otro extremo de la habitación y me cuenta una anécdota de su día. Entra en la cocina mientras saco un bote de mayonesa de la nevera y me explica su interacción con un compañero de trabajo. Se sienta junto a mí en el sofá y me enseña un vídeo de su clase de baile en la pantalla del móvil. Está alegre. Me pregunta qué tal me encuentro y al pronunciar que estoy bien, mi respuesta se vuelve cierta. Reímos juntos. Nos ponemos al día, descubrimos a qué nos hemos dedicado en estos últimos meses. Se desvanecen la angustia y la pena.

Como la realidad es diferente, me dedico a contar el tiempo. Hoy se cumple una semana, un mes, medio año. Han pasado festividades, ha sido su cumpleaños, ha comenzado la primavera. Cargo el calendario a mis espaldas.

Repaso mis actos, sus consecuencias. Pienso en quién soy, qué merezco. Mantengo innumerables conversaciones internas desde que me levanto hasta que me acuesto. Analizo cada detalle, diseccionо cada instante. Me esfuerzo en discernir su significado. Siento ansiedad y desconsuelo.

Me culpo.

Evalúo los hechos de nuevo. Cambio el punto de vista. Me pongo en el lugar de Santiago. En el lugar de un amigo de Santiago. En el lugar del grupo de amigos de Santiago. Imagino sus opiniones. Las escucho y valido. Las recito para tenerlas presente.

Me culpo.

Vuelvo a empezar. Reproduzco los hechos. Punto por punto. Me arde la cabeza. Veo las escenas desfilar lentamente, una tras otra. Tengo el deber de exponerlas, interpretarlas, comprenderlas. Desconectar no está entre mis derechos.

Este sufrimiento es mi castigo.

* * *

Al despertarme, el vaso de agua junto a mi cama seguía a rebosar. Lo veía de reojo, intacto entre la lámpara y el colchón, mientras contestaba mensajes tumbado. Chateaba con cualquiera y de lo que fuera. Hablaba con Claudia, Elsa, Edu, Zoé. Hablaba sobre un ascenso laboral, una película en cartelera, el discurso de un diputado en el Congreso, unos cuernos inesperados. A veces, incluso hablaba

por mensaje y llamada al mismo tiempo. Se me entremezclaban las conversaciones. Decía lo que quería escribir y escribía lo que quería decir. Ellos se extrañaban y yo culpaba al cansancio. Dormía bien, era pronto, tenía energía. Pero culpaba al cansancio. Nadie indagaba ni se daba cuenta de que no les atendía, de que lo que buscaba era el ruido. Estaba tranquilo, incluso contento. Me despertaba sin nada que hacer y me quedaba chateando en la cama un ratito. Unos minutos, dos o tres horas. Pasaban volando. El tiempo se me escapaba o más bien lo dejaba escaparse: durante el fin de semana me pertenecía.

Las sábanas estaban calientes de tanto usarlas. Me tapaba con ellas, las utilizaba como cojín, las sostenía entre las piernas. Al introducir la cabeza por dentro podía oler el calor. Adoraba mi colchón. No era de muelles, ni de espuma, sino viscoelástico, como los de los anuncios, y se amoldaba a mi figura y retenía la temperatura. Estaba tan cómodo que, al quedarme quieto, dejaba de sentir mi cuerpo. Flotaba. Mi mente también se esfumaba: tan ocupada en buscar palabras y formular frases insustanciales que olvidaba mi propia existencia. Transformaba las horas en una masa indefinida en la que no sucedía nada. Esa nada era placer.

Llegaba un punto en que el vacío se volvía en mi contra, y aquello mismo que me relajaba terminaba por asfixiarme. Vaciaba el vaso en el fregadero de la cocina y me servía uno nuevo. Bebía. En verano y otoño, agua fría; en invierno y primavera, agua muy fría. Fuera de mi cuarto, los estímulos me parecían más intensos porque estaba menos acostumbrado a ellos. La claridad de la luz cenital y la dureza de los azulejos. La nitidez con la que se oía a Gabriel tocar la guitarra en su cuarto.

Gabriel ensayaba el contenido de sus clases durante el fin de semana. Repetía los mismos acordes en bucle. Eran casi siempre de canciones de rock míticas que habían triunfado en los años dos mil o incluso a finales de los noventa. Canciones que nunca había escuchado por mi cuenta, pero cuyas melodías conocía de memoria.

Puntualmente coincidíamos. Salía de su cuarto para descongelar unos muslos de pollo justo cuando yo iba al baño. Buenas. ¿Qué tal, nene? Bien, aquí, descansando un poco. ¿Y tú? Yo genial, dándole caña a unos temitas. Ya te oigo. Si te molesta me avisas, eh. En absoluto. ¿Tienes algún plan para el día? Que va, quizá vea a Lucas o Iker o quizá me quede aquí. No lo sé. ¿Y tú? Tengo una barbacoa por Embajadores para celebrar el cumple de una colega, ahora, en un rato, y después saldremos por La Latina, y probablemente me líe y acabe en una jam session. Madre mía, pues nada, pásalo bien. Y regresaba a mi cuarto imaginándome a Gabriel disfrutando de la comida, de las cervezas y de la música. Rodeado de amigos.

Yo tenía mi propio grupo de amigos, pero nunca me unía a un plan similar. Si surgía, lo evitaba. Si Mario me invitaba a merendar en su casa con Núria y Álvaro, pensaba: estaremos en su salón, me sentaré en el sofá pequeño junto a la ventana, Núria contará una anécdota de su última borrachera, Álvaro le hará preguntas, yo contaré algo sobre mí, comeremos dulce y salado, me perderé en mis pensamientos, miraré a mi alrededor, leeré los lomos de los libros que ya sé que tiene, nos despediremos con algún cumplido. ¿Para qué volver a vivirlo? Existir me resultaba cansino. Significaba lidiar con una serie de sentimientos que no paraban de repetirse.

Lucas se daba cuenta; nos veíamos solamente para charlar. En su cama o en la mía. Le preguntaba qué tal estaba y me respondía que

feliz. Se alegraba de las cosas buenas que le ocurrían, era capaz de apreciarlas. Por muy previsibles que fueran o por muchas veces que las hubiera experimentado. Cuando me devolvía la pregunta, mi respuesta era diferente. Le entristecía mi afán por querer siempre más. Él entendía la vida por lo que era, trabajaba con lo que tenía. No puedes vivirlo todo. Y te prometo que esa es una buena noticia. No le tengas miedo a la vida. Lo intento. El rato durante el cual lograba hacerle caso, yo también era feliz. El sentimiento me acompañaba unas horas, si tenía suerte, la tarde entera, pero nunca sobrevivía una noche. Al día siguiente, volvía a escribirle y él llamaba al timbre y se sentaba en mi cama. Buscaba otro modo de explicarme lo mismo. Y, aunque jamás dejaba de sentir el amor que me tenía, sí notaba cómo cada conversación nos alejaba.

¡Gol! ¡Gol! ¡Goooool! ¿Ya estamos otra vez? ¡Entre la guitarra de uno y los gritos del otro me tenéis frito! Lo llego a saber y no te alquilo la habitación. Te quedas sin ella. Tanta entrevista y tanto filtro para que me salgas por ahí. Corre, acércate, que te da tiempo a ver la repetición. Cariño, si en esa pantallita no se ven ni los jugadores. ¿Que no? ¡Mira! ¡Golazo! Qué mono mi niño viendo el partido en una tableta, echas de menos la tele de Paloma, ¿verdad? Oye, mírame cuando te hablo. ¡Andrés! ¡Explícame qué es un fuera de juego! ¡Andrés! ¡Encima que muestro interés por tus pasiones! Cabrón, cómo se nota que hoy no has salido de casa. ¡Hazme caso! ¡Cuéntame cosas! ¡Cuéntame un secreto! Acércate que te lo digo al oído. Estas como una putísima cabra. Llego a saber que estás así de zumbado y soy yo el que no entra en el piso. ¡Pero si soy un cielo!

Colocaba cojines a los pies de la mecedora y la convertía en un trineo. Otras veces, ataba un cable de cargador a la lámpara de araña y la balanceaba. Como Andrés me observaba de reojo, con indiferencia, recogía el desorden y me ponía a limpiar. Eliminaba las manchas del espejo, pasaba una bayeta por las estanterías, barría debajo del sofá. Le pedía que levantara las piernas, y él lo hacía con naturalidad. Al terminar, me relajaba. Iba a la cocina a por algo de beber o de picar y lo colocaba en la mesa junto a la tableta que transmitía el partido. Los jugadores se desplazaban con calma por el centro del campo y aumentaban la velocidad al llegar a las bandas. Su adrenalina contagiaba a Andrés, que gritaba a la pantalla como si pudieran oírle. Los primeros pases que seguía a su lado me eran indiferentes: solo reparaba en piernas chutando y brazos alzados en busca de equilibrio. Pero, pasado un rato, cuando la pelota se acercaba a una de las porterías, comenzaba a sentir un ligero escalofrío, y comprendía que había conectado con el juego. A partir de ahí, gritábamos los dos juntos. A él le emocionaba el partido y a mí el instante compartido. Estábamos en casa, el uno al lado del otro, viendo el fútbol. Haciendo uso del espacio de una forma que no hubiera imaginado. Me gustaba. En ese salón de Madrid dos chicos veían la semifinal de La Liga; las voces que oían los vecinos nos pertenecían.

Le acompañaba unos minutos y cuando me acostumbraba al sentimiento, le deseaba buenas noches y me retiraba.

Lucas se presentó con una caja de chocolates. La sacó de su mochila y la abrió sobre el escritorio. Había bombones rellenos de licor, de praliné y cubiertos de amaranto. Me ofreció uno. Alargué el brazo

desde la cama y me lo acerqué a los ojos. Presté atención a su textura y a la capa exterior derritiéndose en la yema de mis dedos. Lo mastiqué lentamente, con los ojos cerrados, moviéndolo con la lengua de un lado a otro de la boca. Después de tragarlo, le di las gracias y le pedí otro. Él no quiso probarlos, prefería esperar a haber cenado. Se quitó los zapatos y se tumbó conmigo en la cama. Nos dimos la mano. Me explicó que los chocolates eran un regalo de una de sus alumnas, una mujer divorciada de casi sesenta años cuyos hijos vivían en el extranjero. Tomaba clases de piano para salir de casa, tener compañía. Lucas escuchaba semana tras semana sus historias y ella quiso agradecérselo con una caja de chocolates. Fue un detalle que le alegró el día. El acto de la alumna cristalizó la naturaleza de la relación que tenían, poniendo de relieve el valor del papel que él ejercía en su vida. Y a su vez, le hizo reflexionar sobre la belleza de expresarse, de dar un paso al frente y nombrar las cosas, de comunicar claramente lo que uno siente para ser comprendido por los demás. Por eso, mientras estábamos acostados juntos, apretaba mi mano con fuerza.

Correspondí al gesto abandonando la cama. Saqué de un cajón un kit de acuarelas y bajé unos cuantos libros del estante. Busqué las varitas de incienso, puse algo de música, apagué la luz del techo y encendí la lamparita. Nos sentamos en el suelo uno enfrente del otro. A Lucas le brillaban los ojos. Leí en voz alta los títulos de los libros y cada uno escogió el que más le inspiraba para dibujar en su primera página.

Era una actividad que hacía meses que no compartíamos. Absortos en nuestros respectivos proyectos, charlábamos sin mirarnos. Él tenía paciencia, probaba diferentes colores, los

mezclaba suavemente para aclararlos, trazaba bocetos en lápiz. Yo elegía un color y una forma, los plasmaba directamente y esperaba a que me surgieran nuevas ideas. Llevo tiempo sin obsesionarme con algún plato. Ya se me pasó la fiebre de la ensaladilla rusa y la de la pasta carbonara y no termino de encontrar un sustituto. ¿Qué tal unas tostadas con tomate y aceite de oliva por las mañanas? No cuela. Pero te prometo que llegará un día en el que disfrute de los desayunos. Ya no te creo. No dejas de repetir eso. Es broma. No me gusta esa broma. ¡Que es broma! Tal vez desayune con Santiago. Tal vez Santiago sea el primer compañero de piso con el que desayune. Podríamos coger el hábito de exprimir zumo, preparar tostadas con tomate y aguacate y crear una rutina agradable. ¿Te gustaría? Claro. ¿Sabes que estoy tranquilo? Siento pena y felicidad, pero estoy tranquilo. Va a ser la primera vez que entre a vivir en casa alguien cercano, un amigo. Son una tristeza y una alegría bonitas. Andrés se va a vivir con Verónica, lo necesita y me da pena y lo entiendo. En un mundo ideal se hubiera marchado Gabriel, y no me cae mal Gabriel, tan solo quiero mucho a Andrés. De todas formas, ahora con Santiago estarás tan a gusto que ni pensarás en eso. Tal cual. Bueno, no. Echaré de menos a Andrés. Pero aunque lo eches de menos estarás mejor. Yo creo que sí. ¿Te gusta cómo ha quedado mi dibujo? Nunca habías terminado antes que yo. El horizonte te ha quedado precioso. Voy a dibujar otro. ¿Qué libro te apetece? El tuyo.

Se levantó a buscarlo y yo me levanté a darle un beso.

* * *

Estas tardes en las que estoy solo y saco los tomates y las patatas de la despensa y la carne de la nevera y lo desparramo todo sobre la

encimera, consigo volver a apreciar la casa. El blanco roto de los electrodomésticos, la sutil curvatura de los tiradores de la despensa, la luz natural que entra por la ventana y alumbra exactamente la tabla de cortar en la que ahora trocearé los tomates.

Me enjabono las manos, me enjuago. Lavo las patatas, las froto entre sí. El pódcast que escucho de fondo explica los efectos de las olas de calor en el humor. En Madrid hoy hace bueno, la temperatura perfecta, y las locutoras suenan despreocupadas. Como se ríen del drama, yo me río con ellas. Patatas, tomates y carne. No sé qué preparar con estos tres ingredientes, son los únicos que tengo. Por lo pronto me apetece usar el cuchillo, así que troceo los tomates. Los troceo poquito a poco en dados chiquitos. Las patatas quizá las cueza o las ase. Ahora veré. Sujeto el cuchillo con firmeza y observo el jugo brotar del interior al cortarlo. Es precioso. Recojo los trozos con la hoja y los añado a un bol. Repito la operación. Me agrada.

Entra alguien en casa.

Oigo la cerradura y la puerta. Me concentro en seguir cortando, en mantener el movimiento de mis manos. Con una sujeto el tomate y con la otra el cuchillo. Oigo unos pasos por el pasillo. Vierto los trozos en el bol. Rezo para que no sea Santiago. Rezo por que si es Santiago, no entre en la cocina.

Entra Santiago en la cocina.

Se me hiela la sangre. Desaparecen el jugo, el tomate, el cuchillo. Trato de disimular el temblor. No me giro, no lo miro. Tan solo pronuncio un «buenas tardes» que no obtiene respuesta.

* * *

La habitación de Santiago estaba repleta de cositas. Piedras y minerales, cojines de diferentes colores y texturas, flores secas, platitos cargados de anillos, collares y monedas de otros países. Junto a la puerta, una lámpara de madera compensaba la falta de luz natural y, si uno se fijaba, todavía se podían ver las marcas de pegamento que Andrés había dejado al llevarse sus pósteres. Por lo demás, aunque el espacio era el mismo, no conservaba ningún parecido. La cama estaba en otra esquina; la cómoda, ahora alejada de la mesita de noche, parecía menos voluminosa; y los tonos crema habían dado paso a marrones y verdes.

Observaba los detalles desde su cama mientras él, de pie frente al armario con las puertas abiertas de par en par, escogía el atuendo perfecto. Camisetas de manga corta, de tirantes, pantalones cargo, cinturones anchos. Solo me pedía opinión para los complementos. ¿El anillo dorado o el plateado? Ambos, pero quítate el collar. ¿Así? Eso es. Cada vez que se miraba al espejo, se visualizaba llegando a una fiesta e interactuando con los asistentes. En función de cómo se sentía con la imagen que le devolvía el reflejo, decidía quedarse con la elección o probar una nueva combinación. No tardaba mucho: era rápido y eficiente. Conocía a la perfección las prendas que le sentaban bien, y yo lo admiraba por ello. Aprovechaba que teníamos la misma estatura para entender durante su proceso de selección qué podría favorecerme a mí también. Aprendía de él.

Me interesaban sus opiniones, las historias que me contaba. Su móvil no dejaba de vibrar y leía en voz alta los mensajes que recibía. Yo le preguntaba por el contexto, y él se explayaba. Amor, no te lo vas a creer: Jimena ha vuelto con Alicia. Pero ¿Alicia ha dejado a Rocío? No, ¡qué va a haber dejado a Rocío!, si ayer estaban las dos

comiéndose la boca en las copas de Fede. O sea que vuelven a estar las tres en la casilla de salida. Efectivamente. Y, a estas alturas, ¿no sería mejor que Jimena y Rocío se conocieran? Alicia no tiene derecho a exigírselo a ninguna de las dos. Además, ambas relaciones carecen de jerarquía con respecto a la otra, por lo que están las dos al mismo nivel. Es una movida, yo no podría. Por eso estás en una relación abierta y no te has unido al bando del poliamor.

Una vez vestido, lo acompañaba al baño. Se perfilaba la barba, se peinaba, contestaba mensajes de audio. Desplegaba sobre el lavabo frascos con etiquetas en francés e inglés y, mientras se aplicaba las cremas, me explicaba sus planes para la velada. Bailar con sus amigas de la carrera. Reencontrarse con unos colegas de Bilbao. Disfrutar de un concierto de jazz con Alberto. Probar los nuevos cócteles del bar de Carmen. Exprimía Madrid. Recorría diferentes barrios a diferentes horas y conocía a gente nueva. Gente que pasaba a formar parte de su vida. El bailarín de Malasaña lo llevaba a musicales en Gran Vía y lo motivaba a apuntarse a clases de baile. La cantante de Usera lo invitaba a merendar, le presentaba a su hermana, le inspiraba a crear poemas. Y, a medida que pasaban los meses, Santiago aprendía a bailar y a escribir. De hecho, así es como lo había conocido. Al llegar a la barbacoa de un amigo se interesó por el libro que llevaba bajo el brazo. Discutimos sobre Duras, Ernaux, Sagan. Sobre la manera en la que percibíamos los lugares, cómo propiciaban o ahuyentaban el encuentro. Ambos coincidimos en nuestra preferencia por lo tranquilo, lo resguardado, y comenzamos a vernos en nuestras casas. Cocinábamos los mismos

platos, unos días en su cocina y otros en la mía. Comíamos y hablábamos: no necesitábamos más.

Nos gustaba compartir y, ahora que vivíamos bajo el mismo techo, se había convertido en nuestra rutina. Del baño pasábamos a la cocina. Santiago calentaba tortilla de patata precocinada en el microondas y yo sacaba un bote de mayonesa de la nevera. Cenábamos deprisa. Conversábamos con la boca llena, apoyados contra la encimera. Eran ratos cortos que disfrutaba, instantes en los que me olvidaba de mí mismo. ¿Seguro que no quieres venirte con nosotros? Seguro. Seguiré intentándolo hasta que lo consiga.

El recibidor se había convertido en una selva. Veía todos los días las decenas de plantas que tanto había admirado en casa de Santiago. Cintas, helechos, potos, sansevierias, monsteras, aloe veras, filodendros, alocasias. Estaban en macetas de cerámica, cubos de metal, en vasos de agua. Cada una tenía una intensidad y brillo propio. Verde sobre verde. El color era tan intenso que se reflejaba en las paredes y cada vez que las veía de reojo al salir de mi cuarto no podía evitar acercarme y contemplarlas. Capturaban mi atención de un modo que ninguna otra cosa conseguía. Observaba sus hojas, las posiciones que adoptaban en busca de luz, ligeramente inclinadas hacia la ventana. Me daban paz y pena. Tanta belleza en tan poco espacio: anhelaba caminar por praderas y bosques. El recibidor recogía una muestra de la grandeza del mundo.

Gabriel pasaba de largo. Nos cruzábamos en la cocina, en el pasillo y, según la ropa que vestía, sabía si estaba pasando el día en casa o si se marchaba a algún lado. Me era indiferente porque nuestras conversaciones eran siempre las mismas. ¿Qué tal, nene?

Bien, bien. ¿Algo nuevo? Poca cosa. ¿Y tú? Ya ves, currando. Ánimo. Nunca mencionaba el verde. Entraba y salía de casa todos los días ajeno al milagro. Me enfadaba. No me enfadaba: me alejaba, se me quitaban las ganas de hacerle preguntas, de intentar entenderle.

La casa era otra casa. Las plantas, los libros. En la estantería del salón no había un solo hueco. Leía los títulos en los lomos inclinando la cabeza y, cuando uno me llamaba la atención, me fijaba en el autor. Muchas veces no sabía quién era y le preguntaba a Santiago. Y Santiago me explicaba. Daba igual que fuera un autor famosísimo que hubiera escrito un clásico imprescindible; me explicaba quién era con naturalidad y eso me hacía sentir bien. Se había sacado la carrera de Literatura y ahora estaba con la de Psicología, y tenía respuestas para todo. Yo le atendía dibujando figuras en mi cabeza, creaba esquemas que organizaban la información que recibía. Coloridos, con flechas y frases en negrita. También dejaba espacio para la duda, huecos que rellenaba más tarde por mi cuenta; investigaba en internet, escuchaba entrevistas, leía los libros. Conforme descubría a un autor y su obra, las observaciones de Santiago cobraban aún más sentido porque no solo las comprendía, sino que las compartía e incorporaba mis propias ideas. Resultaba increíble cómo el título de un libro se expandía en un universo moldeado por las vivencias del autor. Me obsesionaba. Nunca era suficiente, necesitaba saber más. Cómo había crecido, cuáles eran sus inspiraciones, qué influencia tenía su obra. Releía los libros y las críticas. Depuraba mis opiniones. Me fijaba en las dedicatorias, las citas, los agradecimientos. Perseveraba hasta que no quedaba de dónde tirar, completando así mi esquema mental.

Más adelante, pasado un tiempo, era yo el que le explicaba a Santiago detalles que desconocía sobre ese libro y su autor. Le contaba curiosidades irrelevantes y compartíamos impresiones. Debatíamos. Adoraba poder hablar sobre el único tema al que había dedicado mi atención durante semanas con alguien que me entendía. Contrastábamos la información en internet, nos repartíamos los cojines del sofá para estar cómodos. La conversación se alargaba hasta que no nos quedaba nada más por decir, y a partir de ese momento, poco a poco, derivaba en lo absurdo. Vale, ¿qué preferirías: poder leer solamente la primera obra de un autor o la última? Creo que la primera, prefiero el potencial a la decadencia. ¿Qué preferirías: leer obligatoriamente los libros del revés o con las páginas desordenadas? Leerlos del revés tendría más sentido. ¿Qué preferirías: que los libros estuvieran escritos en papel de aluminio o en papel de lijar?

No me daba cuenta de que anochecía. Cocinaba algo rico para comer que más tarde también cenaba e incluso desayunaba al día siguiente. Algunos días invitaba a Lucas o Luna a casa, o ellos me invitaban a las suyas, y charlábamos y luego se marchaban o yo regresaba. Durante el verano había que dejar pasar las horas, evitar exprimirlas para que no te consumieran. Nos sobraba el tiempo. Gabriel ya no era profesor, Santiago ya no era alumno y yo volvía a buscar trabajo tras el fin de mis prácticas, así que tampoco era nada. Durante el verano nunca había cambios, las cosas que habían comenzado antes de que los días se volvieran eternos se mantenían, eso era todo. Resultaba esencial tomárselo con calma. Gabriel huía de la ciudad y Santiago se lanzaba a las calles. Yo optaba por

moverme despacio: cocinaba por las mañanas y charlaba por las tardes. El resto eran ratos muertos. Momentos de no hacer nada, de quedarse quieto en la cama observando los arrugas del cojín, de atender a la saliva que reposaba en mi garganta, de sentir las pulsaciones del corazón en el dedo meñique. Muchos ratos muertos. El polvo se acumulaba sobre las estanterías, las huellas de pies se multiplicaban en las baldosas. Reflexionaba sobre el paso del tiempo, lo mucho que cundía y lo rápido que transcurría. Notaba que ya no era joven, o al menos, que ya no lo era tanto. ¿Cuándo había dejado de ser inmortal? Las rodillas más débiles, los dientes menos blancos. Esos eran los pensamientos que atravesaban mi mente mientras miraba el cojín y pensaba en el polvo y las huellas de los pies. Sin embargo, no me afectaban, porque con la mente nublada, bajo los efectos del calor, no me permitía tomarme nada demasiado en serio. Durante el verano, era crucial escuchar siempre las mismas canciones, no experimentar con nuevas recetas, mantener conversaciones triviales, dejar pasar el tiempo.

Santiago iba a la piscina, tomaba el sol, se zambullía en el agua, iba a los conciertos gratuitos en las plazas, bailaba entre la gente, bebía cerveza. Me enviaba mensajes para informarme sobre dónde se encontraba, qué acababa de hacer y cuál era su próximo plan. Saliendo de la expo, de camino a casa de Manu. ¿Vienes? Va, voy. Y no iba, y se enfadaba y yo me disculpaba. Tenía amigos con patios, azoteas, terrazas, jardines. Encadenaba planes con planes, los solapaba. Compraba bolsas de patatas en tiendas de conveniencia y las llevaba ahí adonde iba y la gente las agradecía, las abría y entre todos las comían. Subían vídeos a TikTok y fotos a Instagram que yo veía desde el sofá. Horas más tarde, Santiago aparecía en casa con

la misma ropa que había visto en las publicaciones, ahora sudada. Se metía directamente en la ducha. Oía la cisterna y la alcachofa; imaginaba el agua correr.

Nos juntábamos en el salón bastante más tarde, cuando él ya había descansado. Las lámparas cálidas que habíamos instalado en los rincones lo hacían acogedor, contrastaban con la luz blanca que emanaba de las pantallas y se reflejaba en nuestras caras. Nos costaba vivir sin un estímulo de por medio. Habitábamos la casa con el móvil en la mano, la música puesta, enviando y recibiendo mensajes. Era una existencia fragmentada a la que estábamos acostumbrados. No podíamos escapar de ella, así que habíamos aprendido a sobrellevarla. Éramos capaces de mantener conversaciones mientras veíamos vídeos de personas preparando recetas ideales para el verano o revisábamos estadísticas sobre las próximas elecciones. Teníamos la confianza suficiente para no exigirnos más. Priorizábamos la comodidad, el estar a gusto. ¿Sabes que este es el piso en que más cómodo me he sentido nunca? ¿Sabes que desde que te has mudado siento lo mismo? Perdóname por no haber aparecido en casa de Manu esta tarde, no me he sentido con fuerza para ir. No te preocupes, aunque me da rabia que digas que vas a venir si sabes de antemano que no vas a hacerlo. No lo sabía de antemano. Lo siento. Bueno.

* * *

Pienso en la fuerza de un instante, en su permanencia. Pienso en esta casa agrietada en la que habita la pena. Una pena dividida entre Santiago y yo. No paro de pensar. En los hechos, en lo que nos deparan. En el antes, en el después. Quisiera un presente diferente.

Cambiar las cosas, modificarlas, arreglarlas. Es mi único propósito. Un propósito imposible. Aun así, continúo intentándolo.

* * *

Santiago recibía a Lucas mientras yo buscaba una camiseta limpia en el armario. Me quitaba el pijama y elegía la menos arrugada. Unos minutos más tarde, los alcanzaba en silencio y me saludaban con la mirada. Los escuchaba. Era una escena bonita en la cual yo tenía un papel secundario. Los escuchaba pensando en las cosas sobre Santiago que le había contado a Lucas y las cosas sobre Lucas que le había contado a Santiago. Probablemente conocían más el uno del otro de lo que creían, o tal vez no, porque sabían lo cercano que yo era a ambos. Mi amigo y mi novio. El caso es que cuando se ponían al día, compartían sus vivencias y su confianza se estrechaba, raramente descubrían algo nuevo. Les daba igual. Usaban un tono de voz suave, que resaltaba la inocencia del lenguaje y su voluntad de mantenerlo de ese modo. La belleza de no aspirar a nada. Tan solo pronunciaban palabras que formaban frases, que ilustraban ideas y que derivaban en nuevas palabras. Les daba lo mismo detallar sus preocupaciones o mantener un diálogo banal. No se complicaban. Se habían hecho amigos sin enterarse, con una ligereza que envidiaba.

Yo estaba pendiente de la hora. Se hacía tarde y prefería cenar temprano. Cuando cenaba a las ocho, los días se alargaban porque después de cenar terminaban las obligaciones. Hasta entonces, tenía la mente ocupada en preparar la comida, servirla y comerla; una vez cenado, solo me quedaba cepillarme los dientes antes de acostarme. Ese intervalo entre el último bocado y el enjuague bucal era un

momento de libertad absoluta. Deseaba que Lucas y Santiago compartieran mi perspectiva, pero no lo hacían. Ellos se relajaban, se sentían cómodos y, cuando les daba hambre, pensaban en qué cenar, lo preparaban, disfrutaban de la comida y luego, si aún quedaba tiempo, hacían lo que les apetecía. Me costaba entenderlos. Sentía que para aprovechar los ratos de ocio, era imprescindible planificarlos. Saber cuándo y cómo iban a ocurrir. Una cena ligera previa a una partida de cartas. Un picapica distendido en la mesa de centro.

Para relacionarme con el mundo debía cambiar, dejar de esperar: ser flexible. Lucas lo era y yo también podía serlo. Adaptarme a lo que se presentara, no permanecer anclado en una orilla, en una idea. Tenía interiorizados mecanismos que me ayudaban. Cuando mis expectativas comenzaban a truncarse, las visualizaba reunidas en una cajita que sacudía con fuerza. Reorganizaba los elementos; modificaba mi percepción de las circunstancias. Si lo conseguía, el resultado era inmediato. Durante las mañanas de domingo, convertía los tediosos ensayos de Gabriel con la guitarra en el lujo de escuchar a un artista actuar desde mi cama. Un guitarrista privado. Cientos de personas pagaban por acceder a la música que yo tenía de fondo. ¡Qué privilegio! Comenzaba a disfrutar de cada acorde mientras ordenaba mi cuarto o terminaba una lectura. Optaba por admirar. Dejar que lo que sucediera fuera motivo de sorpresa.

Por eso, las noches en las que Santiago y Lucas se entregaban al curso de los acontecimientos, a pesar de preferir tener la cena preparada, el tiempo medido, la noche resuelta, terminaba por soltar el control y asistir a la realidad como un espectador cautivado. Lucas enfatizaba sus ideas gesticulando con los brazos y Santiago las

recibía con amplias expresiones faciales. La mantita amarilla que reposaba en un brazo del sofá la había comprado la madre de Lucas en la tienda Natura del aeropuerto de Barcelona. El ramo de flores secas que reposaba en el jarrón de la estantería era un detalle que yo había tenido con Santiago por su cumpleaños, antes de saber que viviríamos juntos y lo vería a diario. Estábamos rodeados de objetos cargados de afecto. Nos llamábamos con diminutivos, compartíamos ideales, bebíamos a morro de la misma botella. Una vez superado el malestar, me sentía tremendamente afortunado.

* * *

Lucas vino directo a casa nada más salir del trabajo. Le había suplicado que lo hiciera. Entró asustado, con cara de miedo, y yo le miré angustiado. ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? No se quitó la chaqueta ni se desabrochó las botas. Se metió en mi habitación. Nos encerramos. Ahí me quedé callado. Pensé en frases con las que iniciar un diálogo. Ayer por la noche. Ayer me dieron entradas para un concierto. Ayer, después del concierto. Era incapaz de pronunciarlas. Tenía un nudo en el estómago, en la garganta. Me dolían los brazos. Nunca me habían dolido así los brazos. Vale. Dame un segundo, por favor. Tomé aire y me coloqué un cojín entre las piernas. Vale. A ver. Un segundo, no puedo. Vale.

¿Sabes que anoche iba con Claudia a un concierto? Pues Santiago se apuntó en el último momento. Tenía tres invitaciones, la mía, la de Claudia y me sobraba una, así que Santiago se la quedó. Llegó del trabajo contento y se animó al plan. Nos vinimos arriba. Abrimos un par de botellas de las que hay en la estantería del salón. Esas que llevan ahí desde antes de que yo me mudara. Una de ginebra y

otra de tequila. Nos vinimos arriba y nos las bebimos prácticamente en menos de una hora. Estábamos eufóricos. Nos arreglamos borrachos, los tres frente al espejo del baño. Nos veíamos guapísimos, nos decíamos unos a otros lo guapos que estábamos. Seguimos bebiendo chupitos en la cocina, en el recibidor. Claudia metió otra botella en su bolso y salimos por la puerta sintiéndonos invencibles. Caminamos hasta la sala a pasos agigantados, hablando a gritos. Claudia y yo nos montamos a una moto aparcada y Santiago nos hizo fotos. Nos terminamos la botella en una esquina y la reventé contra el suelo. Entramos al concierto sin pagar, con la pulsera de invitados, nos sentimos especiales. Te juro que llevaba meses, no, años sin sentirme así. Estaba feliz, feliz, feliz. Y borrachísimo. Bailamos en primera fila. Tropezándonos y sonriendo. Nos besamos los tres entre risas. Me insinué a Santiago, me acerqué a su cuerpo. Seguimos bailando y caí al suelo. Me levantaron tirando de mis brazos. Veía sus caras borrosas, escuchaba la música pero no podía seguir el ritmo. Se dieron cuenta de que había bebido demasiado, que lo mejor era regresar.

Anduvimos, me sujetaron. Al entrar en el portal traté de saltar la barandilla y la rompí. Cuando por fin llegamos a casa, me metieron en la cama entre los dos. Me quitaron los zapatos, me vaciaron los bolsillos, me trajeron agua. Mientras se despedían de mí, le extendí la mano a Santiago, le insistí para que se metiera conmigo en la cama. Claudia se marchó. Le insistí de nuevo, le dije que no quería quedarme solo. Terminó por tumbarse a mi lado. Estábamos solos. Le abracé y le acaricié el estómago, primero por encima de la camisa y luego por debajo. Se quedó quieto. Le desabroché el pantalón y le metí mano. Lo masturbé unos minutos. Siguió quieto, hasta que se

levantó bruscamente y se fue a su cuarto sin mediar palabra. Yo me quedé en mi cama.

Esta mañana me he despertado agobiado. Dándole vueltas a que nos hemos saltado la única norma fundamental entre compañeros de piso, con el mal cuerpo de sentir que a él no le ha gustado mi comportamiento. Me he despertado temprano y he esperado a que salga de su habitación. Sobre las doce le he oído ir al baño y le he preguntado cómo se encontraba. Me ha dicho de pasada que no lo sabía. Le he dicho que lo sentía. Y ahora, hace un rato, ha ido a la cocina a comer algo y me he vuelto a acercar. Hemos hablado. Me ha dejado claro que no consintió lo que sucedió anoche.

Al día siguiente el mundo retomó su curso. La vecina tendió la ropa a la hora habitual, una nueva desgracia acaparó las portadas de los periódicos. Yo volví a disculparme. Seguí a Santiago hasta la mesa del comedor y me senté a su lado. Le pedí perdón. Le pedí perdón de corazón. Levantó un segundo la vista y continuó comiendo en silencio. Le di espacio. El mundo retomó su curso y yo no pude seguirle el ritmo.

Hice de pedirle disculpas y dejarle espacio mi única misión. Traté de encontrar un equilibrio que lo reconfortase. Estar disponible para él sin presionarlo. Día tras día. Sabía que el silencio erigía un muro entre nosotros que pronto sería infranqueable. Intenté evitarlo. Santiago, por favor, ¿podemos sentarnos a hablar?, creo que podría ayudarnos. Hugo, no tengo nada que decir ni nada que escuchar.

* * *

El recuerdo y una conversación es lo único que tengo. Trabajo con ello. Repaso la noche segundo a segundo. Las copas, el concierto, la vuelta a casa. Comparo mis sensaciones con la realidad. El baile en la discoteca. Los besos. Los besos compartidos. Fueron amistosos, sin intención sexual. Santiago no respondía a mis insinuaciones. Malinterpreté la situación. Mierda. Joder. Me acerqué a él en la pista de baile, pero él no quería. Lo incomodé. Me monté a la moto de un desconocido, reventé una botella contra el suelo, rompí la barandilla del portal. Incomodé a Santiago. Fue una diversión desastrosa. No fue diversión, fue desinhibición. No quiero ser así. ¿Qué me ha pasado? Claudia y Santiago me cuidaron. Supieron dejar de beber, calcularon bien. Llegaron a un límite pero no lo cruzaron.

Cuando la barandilla chocó con el suelo me reí. Me metieron en el ascensor, pulsaron el número dos. Su prioridad fue acostarme. Tenían hambre, estaban cansados. Me metieron en brazos en la cama. Hicieron falta dos personas para meterme en la cama. Dos cuerpos volcados al servicio de mi bienestar. ¿Cuándo fue la última vez que me encontré en esa situación? Antes de la carrera, en el instituto. Era un niño y ya no lo soy. No puede ser. Recuerdo el caos, la despreocupación por el caos. Se me derramó el agua del vaso, un puñado de monedas rodaron por el suelo.

La cama estaba fría, tenía ganas de follar. Antes de que se marchasen le pedí a Santiago que se quedara. Que entrara en la cama conmigo. Quería abrazarlo, besarlo. Claudia se fue. Nos quedamos tumbados. Le abracé por detrás, le besé el cuello. Estábamos los dos juntos en mi cama pero solo uno disfrutaba. Lo pienso y tiemblo. Le acaricié el abdomen y él no quería, respiré en su oído y él no quería, le agarré el pene y él no quería. Él no quería.

Me odio por ello. Estaba a mi lado para no dejarme solo, para acompañarme. No quería follar. Hasta que no se levantó para irse no me di cuenta.

Pienso en la única conversación que tuvimos en la cocina. Me habló de sus amigas, de las experiencias traumáticas que habían vivido, de cómo ahora entendía que le había sucedido lo mismo. Me contó que no sabe por qué no me detuvo, por qué se dejó acariciar, por qué se dejó tocar. Recuerda estar cansado, sentir que se quedaba dormido. Recuerda no querer estar ahí. Me limité a escucharle y disculparme.

Analizo cada frase. Comprendo lo que sucedió, cómo se sintió. Se sintió mal. Le hice sentir mal. Le hice pasar por una situación que ahora le causa dolor. Que haya sido sin querer no basta. Vivir con buenas intenciones no basta. Es necesario ir más allá; dudar de uno mismo, estar alerta. Incluso tenerse un poco de miedo. Ser consciente de que el error y el agravio caminan con nosotros y basta un desliz para cometerlos. No estoy a salvo. ¿Cómo pude pensar que estaba a salvo? Yo, Hugo, tengo la capacidad de hacer daño. Ahora me parece evidente. Despierto todas las mañanas atento a ese poder. Aprendo a controlarlo, a asegurarme de que permanece desactivado. Lo miro de frente y prometo no olvidarlo. Estos estragos son la prueba de su existencia.

¿Y ahora qué? Desde la cama lanzo el subrayador que uso para leer contra la pared. Lo recojo y repito la acción. Continúo hasta que varias marcas amarillas manchan el blanco. Son sutiles. Tan solo las veo porque me fijo en ellas. No aparto la vista. Me enfadan. Me cago en las putas marcas. Me cago en mi impulso. Vuelvo a levantarme y,

esta vez con el subrayador en mano, garabateo sobre ellas. Ahora son ineludibles. Ahí están. Hace tres minutos era imposible clavar la mirada en un punto concreto de la pared. Ya no.

Santiago y yo ya no somos amigos. No hablamos, no reímos, no compartimos. Eso ha terminado. Son casi las diez. Por la tarde he leído en el periódico que las variedades de tomates tradicionales están en peligro de extinción. Pues vale. Es que me la suda. No me pueden importar menos los tomates, la pared y Santiago. Mentira.

Pongo música a todo volumen en mis auriculares. Escucho palabras que forman frases cuyo significado me resbala. Soy yo la que lo enloquece. *D'aquell hivern ja fa tres anys.* Esto es lo que los mueve. Dale, nena, no desespere'. Golpeo el colchón al ritmo de las canciones. Me retiro a un espacio distinto en el que no hay exigencias. Descanso de mí mismo. Ritmos y golpes. Desde aquí, los pensamientos que logran alcanzarme llegan despojados de su potencia, son soportables. Mi comportamiento ha desencadenado un efecto. Mi amigo Santiago no quiere saber nada de mí. Eso convierte a Santiago en un examigo. Un examigo es alguien que no está en mi vida. Alguien que se marcha deja un vacío. He desencadenado dicho vacío. Es una situación desagradable. Preferiría no estar en ella.

Siento la frustración. Se concentra en el estómago y se extiende hasta el pecho. La sostengo porque desde donde estoy es tolerable. Es una masa cambiante. A ratos compacta, a ratos más blanda: la molestia que causa es diferente en cada momento. También contiene algo de vergüenza, enfado, tristeza. Noto un sabor a hierro en la boca; debo estar apretando demasiado los dientes. La abro. Paso la lengua sobre las encías en busca del origen. La intensidad se acentúa a la altura del colmillo derecho. Está sangrando. Es lo que

es. No puedo volver atrás y me lo repito. No volvería a hacerlo, pero forma parte de mí haberlo hecho. Y está bien. No. No está bien. No quiero haberlo hecho. No puede ser. Todo va a arreglarse. No hay otra opción. Va a volver. Santiago va a volver a hablarme. Voy a resolverlo. Siempre hay una solución. La buscaré y terminaré por encontrarla. Y entonces nos entenderemos. ¿Y si no? Es probable que no. Comienzan a sudarme las manos. En el fondo sé que no. No hay marcha atrás, las cosas no van a volver a su sitio. La amistad se ha terminado. El dolor ya está causado. El daño no tiene remedio. Es demasiado tarde. No hay nada que pueda hacer. No tengo el control ni lo voy a tener. Soy imbécil. Soy idiota. No me gusta. No quiero. No soporto la idea. ¿Y ahora qué? Desconecto los auriculares.

La escoba del aseo blanco está plagada de pelusas. Las sacudo. No sigo ningún orden al barrer, tan solo reúno porquería. Empiezo por un tramo del pasillo, continúo con el rincón detrás del inodoro, paso por alto el hueco debajo de los radiadores.

Actúo de la misma forma internamente. Ordeno ideas, proceso emociones. Mi percepción varía a lo largo de las semanas pero el juicio interno permanece. Los días en los que he logrado descansar, la tarea me resulta menos abrumadora. Hay instantes buenos a los que procuro aferrarme. Tardes en las que, encerrado en mi cuarto, recuerdo partes de mí que me agradan. La curiosidad con la que observo el mundo. La ternura con la que procuro actuar. Pero el juicio interno es permanente y termina aflorando. Hugo, la has liado. Hugo, te lo has buscado. Hugo, has sido egoísta, insensible, has actuado sin considerar a Santiago. ¿Es este un patrón recurrente en tu comportamiento? Hugo, lo podías haber evitado, tan solo

dependía de ti, de tus actos. Hugo, te has retratado. Hugo, Hugo. Hugo.

Suelto la escoba y me encierro en el cuarto.

Las molduras. El parqué en espiga. La planta junto a la ventana. La lámpara a mi lado. Mantengo la mirada fija en cada uno de esos objetos durante al menos diez segundos. Inspiro. Expiro. Las molduras de la casa de la abuela. El parqué de la casa de papá. La planta y la lámpara que llegaron conmigo. El principio. Pierdo el ritmo de mi respiración. Vuelvo. Las molduras, el parqué, la planta, la lámpara. Desisto. Cojo el móvil y me pongo a llamar.

¿Sí? Luna. Dime. Luna, no puedo más. Respira. No sé qué hacer. Me estoy volviendo loco. No hago más que pensar en la noche. Necesito entender muchas cosas y no puedo hablar con él. Estoy aquí, encerrado en casa, dándole vueltas a todo, y me estoy volviendo loco. Tengo una montaña de dudas. ¿Cómo podemos haber pasado de un extremo al otro? Yo quiero a Santiago. Santiago no es cualquier persona. Nos queremos. Nos queríamos. Nos hemos relacionado siempre de forma abierta, transparente. Quiero decir: yo sé que él es una buena persona y él sabe que yo también lo soy. Por eso nos entendíamos, ¿no? Y ahora que la he cagado, que he cometido un error, ¿no debería eso influir? Porque yo lo hubiera tenido en cuenta. Hugo. Yo lo hubiera tenido en cuenta. Hugo, tú eres tú. Tú eres tú. Él tiene sus razones, sus percepciones. Respétalas y céntrate en ti. Piensa en qué es lo que puedes hacer tú. Llevas meses intentando usar la vía del diálogo, no ha sido posible. No te quedes encallado. Si él necesita hablar en algún momento, tú estarás ahí; mientras tanto, céntrate en ti mismo. Vale.

Yo lo intento. Lo estás haciendo bien. ¿Tú crees? No tengo la menor duda.

¿Sí? Mami. Cariño, ¿cómo estás? Mal. ¿Qué ha pasado? Lo de siempre. No sé gestionarlo. Cariño, ¿no te das cuenta de que así es la vida? Cuando vives, te equivocas. A ti te acaba de tocar ahora con esto, a tus hermanos les tocará más adelante con lo que sea. Sois jóvenes, estáis aprendiendo. Con esto no te estoy excusando, tan solo quiero que te quede claro que así es el camino. Que esto te sirva de aprendizaje. ¿De acuerdo? De acuerdo, mamá. Te quiero. Yo también te quiero.

¿Hola? Zoé, ¿tienes un segundo? Comienzo la guardia en cinco minutos, ¿qué necesitas? No piensas que soy un monstruo, ¿verdad? Hugo, escúchame bien, has cometido un error. Has salido una noche con Santiago, le has invitado a que se meta en tu cama y has malinterpretado sus intenciones. ¿Lo has hecho mal? Sí. ¿Estuvo acertado tu comportamiento? No. Te equivocaste y lo sabes. Lo sabes perfectamente porque al día siguiente lo primero que hiciste fue disculparte. Has seguido desde entonces haciendo todo lo que está en tu mano por reparar el daño. ¿Te das cuenta de que si todo el mundo reaccionara así este tema no estaría al orden del día? ¿Sabes cuánto me gustaría a mí, cómo mujer, que los hombres que me han jodido fueran conscientes de ello? ¿Y que se disculparan? Eso ya ni te cuento. Por favor, date un respiro.

Asomado a la ventana de mi cuarto, veo la manifestación en defensa de la sanidad pública. Golpeo el fondo de una olla con un cucharón y grito los cánticos que lidera una mujer con un megáfono. Desde la ventana del salón, Santiago hace lo mismo. No establecemos contacto visual, tan solo nos oímos. Gritamos las

mismas frases, nuestras voces se elevan al unísono. Constatar nuestra sintonía me alegra. Me hace sentir que nos conocemos, que a pesar de nuestra separación, nos entendemos. Mi dolor se atenúa y da paso a cierto consuelo. Durante un rato, cada uno desde nuestro lado, remamos en la misma dirección, pero cuando la multitud se disipa y cerramos las ventanas, la distancia reaparece y regresamos a nuestros roles de extraños. Lo echo de menos.

Creo que lo he entendido. Él es él. Yo soy yo. Nos conocemos. Él sabe cuál es mi disco favorito, la fruta que me sienta mejor por las mañanas y el humor que me hace reír. Sabe las movidas de mi madre y la manía que le tengo a los auriculares inalámbricos. Yo sé que él está obsesionado con el curri y con los tatuajes y con las películas bonitas. Drama, animación, fantasía, ciencia ficción. Le da igual el género porque todas le gustan. También sé aquello que le ocurrió en el colegio y que se repitió en la carrera. Conozco a sus amigos y los nombres de sus familiares. Sé qué personas han salido de su vida, la huella que han dejado en él. Sé cómo se esfuerza por alcanzar sus aspiraciones: estudia Psicología, practica baile. Sé estas cosas porque me las ha contado. Lo conozco porque hemos compartido tiempo. Pero eso no me convierte en él. Existen dos lugares diferentes. Él y yo. Él es él y yo soy yo.

No importa lo mucho que lo aprecie ni cuánto sepa de su historia. Hay sitios a los que no tengo acceso. Nunca podré sentir de la forma en la que siente Santiago. Es algo que le pertenece. Es irrelevante que no llegue a entender la dimensión que mis actos tienen en él, su respuesta es real. Santiago siente dolor. El daño existe. Está ahí y lo veo.

Quisiera que compartiera su proceso conmigo. Me gustaría conocer los matices que despiertan ciertas reacciones. Renunciar a ello me apena. Trato de convivir con la incertidumbre. No paro de darle vueltas en esta habitación de la que salgo muy poco. Pienso que no puede ser que el afecto no sea suficiente y que no queramos o no necesitemos lo mismo. Porque yo necesito acercarme a él y que nos reunamos, y él, justo lo contrario y no sé por qué. No sé por qué, pero es lo que él necesita. ¿No sería mejor propiciar el encuentro? Para él no. Es más, tal vez, para él sería peor: por eso se protege y se aleja. Es una premisa que debo superar. Santiago no vive a través de mí: sigue su propio camino. Solo me queda la impotencia de aceptar que no puedo llegar a su interior.

Al constatar el estado de nuestra relación me cuesta creer que antes haya existido algo más. Las piezas desperdigadas de lo que queda de nosotros no parecen haber formado parte de un todo. Es difícil de interiorizar. Por eso mantengo la foto de carné que me regaló apoyada en la estantería y sigo leyendo los libros que me recomendó en su día. Cuando los leo, pienso en qué pasajes fueron los que le gustaron. Imagino su respuesta y mi reacción y a continuación regreso al presente, a la certeza de que me quedaré con la duda.

A medida que el tiempo pasa, me acostumbro. Aprendo a soportar el desconcierto. Es una sensación extraña: me paraliza cada vez menos a pesar de que su peso siga intacto. Paso tiempo con mis amigos y mi familia, contemplo con atención los edificios de la ciudad y lo disfruto, pero siempre me acompaña una sensación de no merecerlo. Es algo íntimo, casi imperceptible desde fuera; a veces no sé cómo explicarlo, y otras no puedo evitar hablar de ello. Esa

carga es mi manera de acercarme a él, de situarme a su lado, o al menos de no dejarlo solo en su sufrimiento.

No voy a dejar de existir. Por mucho que me odie, por mucho que me arrepienta, por mucho que me juzgue. Voy a seguir estando aquí. Busco la forma de convivir conmigo mismo, de habitar mis sentimientos: el arrepentimiento, la culpa.

Encuentro la solución en mi yo de niño, acostado en la cama junto a mi madre, escuchando sus palabras con los ojos cerrados. Hugo, confío en ti, sé que mañana vas a portarte genial en el colegio. Hugo, con lo listo que eres, demuéstrame lo amable que puedes ser con tus compañeros de clase. Esta semana te han llamado la atención tres veces, pero, ¿sabes qué?, a partir de ahora vas a darle la vuelta a la tortilla y demostrar de qué eres capaz. Eres un niño bueno. Me animó una y otra vez, sujetando mi mano con la luz apagada, hasta que encontré ese niño bueno en mí. Ahora vuelvo a hacer lo mismo. Me centro en mi lado bonito y le doy protagonismo. Soy una persona que cuida, acompaña, aprecia, comparte. Lo soy porque decido serlo. Reconozco mi lado oscuro, no lo niego, pero tampoco lo alimento. Me alejo del rencor, del egoísmo, de la violencia, la intolerancia. Construyo la persona que quiero ser.

Presto atención a mi alrededor. Observo el comportamiento de la gente. Aprendo a no juzgar. No juzgo al vigilante del supermercado que echa a un anciano sin hogar a gritos ni a Júlia, que, absorta, me cuenta la pelea que tuvo con una desconocida a la salida de un bar. Me esfuerzo por otorgar el beneficio de la duda. Cada uno intenta hacer las cosas lo mejor que puede. Evito ser tajante. Hay personas maravillosas que han cometido actos horribles y personas horribles

que han llevado a cabo actos maravillosos. No es casualidad: todos llevamos ambas facetas en nosotros.

Por eso perdono. Perdono porque el otro podría ser yo. Perdono porque el otro he sido yo. Es un acto consciente que no me surge de forma natural. Interrumpo pensamientos negativos y reflexiono antes de hacer un comentario a la ligera. Quiero ser la persona con la que me gustaría encontrarme, aquella que responde con serenidad ante el desacierto, que entiende el error o el daño como una llamada de auxilio.

La incomodidad y los remordimientos no se desvanecen, pero una fuerza subyacente me proporciona la energía justa para seguir avanzando.

Lucas se presenta de improvisto con un táper de su último plato estrella. Alitas de pollo vegetarianas a base de brócoli. No saben a pollo ni a brócoli, pero están ricas. Me las como de inmediato en señal de agradecimiento. Elogio la salsa, el crujiente, la ternura. Ver la ilusión en su mirada me aleja de esta casa, de su peso. Nos abrazamos. Es reconfortante sentir su pelo rozando mi cara; notar cómo no quiere soltarme, cómo prefiere aferrarse un poco más.

Quisiera decir algo, pronunciar una frase a la altura de sus actos. No puedo. En su lugar, me invade una pesadumbre que él percibe al instante. Hugo, yo soy el que viene a verte cuando lo necesitas. Vengo hasta aquí y me abres la puerta y me concentro en ayudarte. Pienso en qué puede hacerte bien. Te animo a salir, a que ventiles tu cuarto. Procuro que no te quedes quieto más tiempo de la cuenta. No dejo que se te olvide que tienes opciones, que nuestro privilegio reside en las posibilidades de las que disponemos. Te tiendo la mano

porque tú haces lo mismo. Nos sostenemos el uno al otro, ¿recuerdas? Mira ahí fuera: este es nuestro barrio. Tu casa se encuentra a dos calles de la mía, ¿lo entiendes? Somos esta vida que hemos creado. Nosotros decidimos en qué consiste, cuánto tiempo debe permanecer inmutable, qué camino queremos que tome. Estoy tranquilo porque no me aferro a que siga de una forma concreta. Ahora, decido venir aquí día tras día para levantarte. Yo no me canso, veo más allá. No. No veo más allá. Te veo tumbado en tu habitación con la persiana bajada y el pelo greñoso. Así es suficiente. ¿A que hoy tampoco has bajado al supermercado? Pues ya bajarás mañana con más ganas. Si es que da igual. Adonde quiero llegar es a que siempre encontrarás en mí el amor que necesitas.

Creo que ya estoy acostumbrado. Conozco a la perfección cada uno de mis sentimientos. Paseo solo por la casa fijándome siempre en los mismos detalles, pensando en las mismas cosas. Sé que por la mañana me despierto abatido, que por la tarde mi estado de ánimo mejora, y que alguna noche puedo llegar a alcanzar cierta paz. Una paz ligera pero acogedora que me permite asomarme a observar el bullicio de la calle desde la ventana. Pienso en esta casa que compartimos, en la que estoy viviendo mi tercer verano, y en cómo conozco de memoria el comportamiento de las sombras en ella con el paso de las estaciones. Sé que solo quedan dos meses de luz directa en el recibidor y que, durante la primera semana de septiembre, el sol se reflejará en la ventana del edificio de enfrente y pintará un rayo dorado en la pared de mi cuarto. El único que entra en todo el año. Siete días al año. Venir a vivir aquí fue una

decisión lógica y sencilla; era lo que necesitaba. Pero ¿cómo sabe uno cuándo debe dejar de esperar? ¿Cómo se identifica el instante en que el sueño que se tenía para un lugar se ha agotado?

Entiendo que ya es hora. Quizá por eso llevo tiempo regalando mis plantas a las personas que quiero, rechazando regalos, evitando comprar libros. Quizá sea imposible saber cuándo uno tiene que marcharse y simplemente deba hacerlo. Por eso el lunes, pasado el fin de semana, echaré un ojo al calendario y escogeré un día. Avisaré a Gabriel, y Gabriel avisará a Santiago. Luego me encerraré una tarde en la habitación y me desharé de todo aquello que no necesite y también de algunas cosas que sí necesite pero que prefiera dejar de necesitar. Después meteré el resto en la maleta, en el macuto, en un par de cajas y en una bolsa y me lo llevaré. Si puedo imaginarlo tan claramente es porque va a suceder. Dejaré la habitación vacía, limpia y, al marcharme, colocaré la llave sobre la encimera de la cocina, no sin despedirme antes de todos los rincones, esforzándome por recordar una escena bonita en cada uno de ellos junto a Lucas, Valentina, Paloma, Andrés, Natalia, Gabriel y Santiago.

Gracias a
Daniel Valiente
y a Julia de Torres

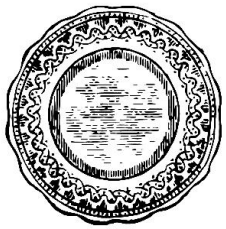


Table of Contents

Dedicatoria
Epígrafe
La grieta
Agradecimientos